LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA



FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Noches blancas

Traducción española anónima

LECTURA COMPLETA · Nº 89

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Noches blancas

Traducción española anónima

Noches blancas, de Fiódor Dostoyevski. Traducción española anónima (Edición digital de Elejandría). Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia. Portada: Arjip Kuindzhi, «Noche de luna en el Dniéper» (1880), Museo Ruso. Dominio público, vía Wikimedia Commons.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/noches-blancas-dostoyevski/.

Sobre esta obra

Un joven solitario, que se llama a sí mismo un soñador, pasea por San Petersburgo durante las noches blancas del verano, cuando casi no oscurece. Una noche encuentra llorando junto al canal a Nástenka, una muchacha a la que salva de un desconocido, y quedan en volver a verse.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Primera noche
2. Segunda noche
3. La historia de nastenka
4. Tercera noche
5. Cuarta noche
6. Mañana

01

Primera noche

Empieza: «Era una noche maravillosa, una noche como sólo es posible cuando somos jóvenes, querido lector. El cielo estaba tan estrellado, tan brillante,...»

Era una noche maravillosa, una noche como sólo es posible cuando somos jóvenes, querido lector. El cielo estaba tan estrellado, tan brillante, que, al mirarlo, uno no podía dejar de preguntarse si la gente malhumorada y caprichosa podía vivir bajo un cielo así. Esa es una pregunta también juvenil, querido lector, muy juvenil, pero ¡que el Señor la ponga con más frecuencia en tu corazón! . . . Hablando de gente caprichosa y malhumorada, no puedo evitar recordar mi condición moral durante todo aquel día. Desde primera hora de la mañana me había oprimido un extraño abatimiento. De repente me pareció que estaba solo, que todo el mundo me abandonaba y se alejaba de mí. Por supuesto, cualquiera tiene derecho a preguntar quiénes eran "todos". Aunque llevaba casi ocho años viviendo en Petersburgo, apenas tenía un conocido. Pero, ¿para qué quería yo conocidos? Conocía a todo Petersburgo tal como era; por eso sentí como si todos me abandonaran cuando todo Petersburgo hizo las maletas y se fue a su villa de verano. Sentí miedo de quedarme solo, y durante tres días enteros deambulé por la ciudad profundamente abatido, sin saber qué hacer conmigo mismo. Tanto si paseaba por la Nevsky,

como si iba a los Jardines o paseaba por el terraplén, no había ni una sola cara de las que había estado acostumbrada a encontrar en el mismo momento y lugar durante todo el año. Ellos, por supuesto, no me conocen, pero yo sí los conozco. Los conozco íntimamente, casi he hecho un estudio de sus rostros, y estoy encantado cuando están alegres, y abatido cuando están bajo una nube. Casi he entablado amistad con un anciano con el que me encuentro todos los benditos días, a la misma hora en Fontanka. Tiene un semblante muy serio y pensativo; siempre está susurrando para sí mismo y blandiendo su brazo izquierdo, mientras que en su mano derecha sostiene un largo y nudoso bastón con un pomo de oro. Incluso se fija en mí y se interesa por mí. Si resulta que no estoy a una hora determinada en el mismo lugar de Fontanka, estoy seguro de que se siente decepcionado. Así es que casi nos inclinamos el uno ante el otro, sobre todo cuando ambos estamos de buen humor. El otro día, cuando llevábamos dos días sin vernos y nos encontramos al tercero, nos estábamos tocando los sombreros, pero, al darnos cuenta a tiempo, soltamos las manos y nos cruzamos con una mirada de interés.

Yo también conozco las casas. Cuando voy caminando parece que se adelantan en las calles para mirarme desde cada ventana, y casi para decir: "¡Buenos días! ¿Cómo está usted? Estoy bien, gracias a Dios, y voy a tener un piso nuevo en mayo", o "¿Cómo está usted? Mañana me van a redecorar"; o, "Casi me queman y me he llevado un buen susto", y así sucesivamente. Tengo mis favoritos entre ellos, algunos son amigos queridos; uno de ellos tiene la intención de ser tratado por un arquitecto este verano. Iré todos los días a propósito para ver que la operación no sea un fracaso. ¡Dios no lo quiera! Pero nunca olvidaré un incidente con una casita muy

bonita de color rosa claro. Era una casita de ladrillos tan encantadora, me miraba con tanta hospitalidad y con tanto orgullo a sus desgarbados vecinos, que mi corazón se alegraba cada vez que pasaba por delante de ella. De repente, la semana pasada, iba caminando por la calle, y cuando miré a mi amiga oí un quejumbroso: "¡Me están pintando de amarillo!". ¡Los villanos! ¡Los bárbaros! No habían escatimado nada, ni columnas, ni cornisas, y mi pobre amiguito estaba amarillo como un canario. Casi me dio bilis. Y hasta hoy no he tenido el valor de visitar a mi pobre amigo desfigurado, pintado del color del Imperio Celeste.

Así que ahora entiendes, lector, en qué sentido conozco a todo Petersburgo.

Ya he dicho que me sentí preocupado durante tres días enteros antes de adivinar la causa de mi malestar. Y me sentía mal en la calle -ésta se había ido y aquélla se había ido, y qué había sido de la otray en casa tampoco me sentía yo mismo. Durante dos tardes me devané los sesos para pensar qué era lo que fallaba en mi rincón; por qué me sentía tan incómodo en él. Y con perplejidad escudriñé mis paredes verdes y mugrientas, mi techo cubierto de una tela de araña, cuyo crecimiento ha fomentado Matrona con tanto éxito. Miré todos mis muebles, examiné cada silla, preguntándome si el problema estaba allí (porque si una silla no está en la misma posición que el día anterior, no soy yo mismo). Miré a la ventana, pero todo fue en vano... ¡No me sentí mejor por ello! Incluso se me ocurrió llamar a la señora Matrona, y le di algunas advertencias paternas sobre la tela de araña y la promiscuidad en general; pero ella se limitó a mirarme asombrada y se fue sin decir una palabra, de modo que la tela de araña sigue cómodamente colgada en su lugar hasta el día de hoy. Hasta esta mañana no me he dado cuenta

de lo que pasaba. ¡Ay! Me están dando esquinazo y se están yendo a sus villas de verano. Perdonen la trivialidad de la expresión, pero no estoy de humor para el lenguaje fino... porque todo lo que había estado en Petersburgo se había ido o se iba de vacaciones; porque todo caballero respetable de apariencia digna que tomaba un taxi se transformaba de inmediato, a mis ojos, en un respetable jefe de familia que, una vez terminadas sus obligaciones diarias, se dirigía al seno de su familia, a la villa de verano; porque todos los transeúntes tenían ahora un aire bastante peculiar que parecía decir a cada uno que se encontraba: "Sólo estamos aquí de momento, señores, y dentro de dos horas nos iremos a la villa de verano". Si una ventana se abría después de que unos delicados dedos, blancos como la nieve, golpearan el cristal, y la cabeza de una bonita muchacha se asomaba, llamando a un vendedor ambulante con macetas de flores, enseguida me imaginé que aquellas flores se compraban no sólo para disfrutar de las flores y de la primavera en los sofocantes alojamientos de la ciudad, sino porque todos se trasladarían muy pronto al campo y podrían llevarse las flores con ellos. Es más, hice tales progresos en mi nuevo y peculiar tipo de investigación que pude distinguir correctamente por el mero aire de cada uno en qué villa de verano vivía. Los habitantes de las islas Kamenny y Aptekarsky o de la carretera de Peterhof se distinguían por la estudiada elegancia de sus modales, sus trajes de verano a la moda y los finos carruajes en los que se dirigían a la ciudad. Los visitantes de Pargolovo y de lugares más lejanos impresionaban a primera vista por su aire razonable y digno; el viajero de la isla Krestovsky se reconocía por su aspecto de irreprimible alegría. Si por casualidad me encontraba con una larga procesión de carreteros que caminaban perezosamente con las riendas en la mano al lado de carros

cargados con montañas regulares de muebles, mesas, sillas, otomanos y sofás y utensilios domésticos de todo tipo, a menudo con una cocinera decrépita sentada encima de todo, guardando la propiedad de su amo como si fuera la niña de sus ojos; o si veía barcos cargados de enseres arrastrándose por el Neva o la Fontanka hacia el río Negro o las islas, los carros y los barcos se multiplicaban por diez, por cien, a mis ojos. Me parecía que todo se movía, que todo iba en caravanas regulares a las villas de verano. Parecía que Petersburgo amenazaba con convertirse en un desierto, de modo que al final me sentí avergonzado, mortificado y triste por no tener ningún lugar al que ir en las vacaciones y ninguna razón para marcharme. Estaba dispuesta a irme con todos los carros, a marcharme con todos los caballeros de aspecto respetable que tomaban un taxi; pero nadie -absolutamente nadieme invitaba; parecía que se habían olvidado de mí, como si realmente fuera una extraña para ellos.

Di largos paseos, consiguiendo, como de costumbre, olvidar por completo dónde estaba, cuando de repente me encontré a las puertas de la ciudad. Al instante me sentí ligero, y pasé la barrera y caminé entre campos cultivados y prados, inconsciente del cansancio, y sintiendo sólo en todo el cuerpo como si una carga se desprendiera de mi alma. Todos los transeúntes me dirigían miradas tan amistosas que casi parecían saludarme, todos parecían tan contentos por algo. Todos fumaban puros, todos ellos. Y yo me sentí complacido como nunca antes lo había estado. Era como si me hubiera encontrado de repente en Italia, tan fuerte era el efecto de la naturaleza sobre un pueblerino medio enfermo como yo, casi sofocado entre los muros de la ciudad.

Hay algo inexpresablemente conmovedor en la naturaleza de Petersburgo, cuando al acercarse la primavera despliega toda su fuerza, todos los poderes que le ha otorgado el Cielo, cuando se deshoja, se engalana y se cubre de flores. . . . De alguna manera, no puedo evitar recordar a una chica frágil y consumida, a la que a veces se mira con compasión, a veces con amor simpático, a la que a veces simplemente no se le presta atención; aunque de repente, en un instante, se vuelve, como por casualidad, inexplicablemente encantadora y exquisita, e, impresionado y embriagado, uno no puede dejar de preguntarse ¿qué poder hizo que esos ojos tristes y pensativos destellaran con tal fuego? ¿Qué hizo que la sangre acudiera a esas mejillas pálidas y apagadas? ¿Qué bañó de pasión esas suaves facciones? ¿Qué hizo que ese pecho se agitara? ¿Qué ha hecho surgir tan repentinamente la fuerza, la vida y la belleza en el rostro de la pobre muchacha, haciéndola resplandecer con tal sonrisa, encendiendo una risa tan brillante y chispeante? Miras alrededor, buscas a alguien, conjeturas. Pero el momento pasa, y al día siguiente te encuentras, tal vez, con la misma mirada pensativa y preocupada de antes, el mismo rostro pálido, los mismos movimientos mansos y tímidos, e incluso signos de remordimiento, rastros de una angustia y un pesar mortales por la distracción fugaz. ... Y te duele que la belleza momentánea se haya desvanecido tan pronto para no volver, que haya brillado sobre ti de forma tan traicionera, tan vana, te duele porque ni siquiera tuviste tiempo de amarla... . .

¡Y sin embargo mi noche fue mejor que mi día! Así fue como sucedió.

Volví a la ciudad muy tarde, y habían dado las diez cuando me dirigía a mi alojamiento. Mi camino iba por el terraplén del canal,

donde a esa hora nunca se encuentra un alma. Es cierto que vivo en una parte muy alejada de la ciudad. Caminé cantando, porque cuando estoy feliz siempre tarareo para mí mismo, como todo hombre feliz que no tiene ningún amigo o conocido con quien compartir su alegría. De repente, tuve una aventura de lo más inesperada.

Apoyada en la barandilla del canal había una mujer con los codos apoyados en la barandilla; aparentemente miraba con gran atención el agua fangosa del canal. Llevaba un encantador sombrero amarillo y un alegre manto negro. "Es una chica, y estoy seguro de que es morena", pensé. No parecía oír mis pasos, y ni siquiera se movió cuando pasé a su lado con la respiración contenida y el corazón palpitante. "Extraño", pensé; "debe estar profundamente absorta en algo", y de repente me detuve como si estuviera petrificado. Oí un sollozo ahogado. Sí. No me equivocaba, la chica estaba llorando, y un minuto después oí un sollozo tras otro. ¡Cielos! Mi corazón se hundió. Y eso que era tímido con las mujeres, ¡pero éste era un momento así! ... Me volví, di un paso hacia ella, y sin duda habría pronunciado la palabra "¡Señora!" si no hubiera sabido que esa exclamación se ha pronunciado mil veces en todas las novelas de sociedad rusas. Sólo esa reflexión me detuvo. Pero mientras buscaba una palabra, la muchacha volvió en sí, miró a su alrededor, se sobresaltó, bajó los ojos y se deslizó junto a mí por el terraplén. Yo la seguí de inmediato; pero ella, adivinando esto, dejó el terraplén, cruzó la calle y caminó por la acera. No me atreví a cruzar la calle tras ella. Mi corazón revoloteaba como un pájaro capturado. De repente, una oportunidad vino en mi ayuda.

Por el mismo lado de la acera apareció de repente, no muy lejos de la muchacha, un caballero vestido de noche, de edad digna, aunque de ninguna manera de porte digno; se tambaleaba y se apoyaba cautelosamente en la pared. La muchacha voló recta como una flecha, con la tímida prisa que se ve en todas las muchachas que no quieren que nadie se ofrezca a acompañarlas a casa por la noche, y sin duda el caballero tambaleante no la habría perseguido, si mi buena suerte no le hubiera incitado.

De repente, sin mediar palabra con nadie, el caballero se puso en marcha y voló a toda velocidad en pos de mi desconocida dama. Ella corría como el viento, pero el caballero tambaleante la adelantaba, la alcanzaba. La muchacha lanzó un grito, y. . . Bendigo mi suerte por el excelente bastón anudado, que en esa ocasión estaba en mi mano derecha. En un instante me encontraba en el otro lado de la calle; en un instante, el caballero intruso había asumido la posición, había captado el argumento irresistible, retrocedió sin decir una palabra, y sólo cuando estábamos muy lejos protestó contra mi acción en un lenguaje bastante vigoroso. Pero sus palabras apenas llegaron a nosotros.

"Dame tu brazo", le dije a la chica. "Y no se atreverá a molestarnos más".

Ella me tomó del brazo sin decir nada, temblando todavía de excitación y terror. ¡Oh, caballero entrometido! ¡Cómo te bendije en ese momento! Le eché una mirada, era muy encantadora y morena, había acertado.

En sus negras pestañas aún brillaba una lágrima, de su reciente terror o de su anterior dolor, no lo sé. Pero ya había un destello de

sonrisa en sus labios. Ella también me echó una mirada, se sonrojó levemente y bajó la vista.

"Ya ves; ¿por qué me has echado? Si hubiera estado aquí, no habría pasado nada... ."

"Pero yo no te conocía; pensé que tú también. . ."

"¿Por qué, me conoces ahora?"

"¡Un poco! Aquí, por ejemplo, ¿por qué estás temblando?"

"¡Oh, has acertado a la primera!" Respondí, encantado de que mi chica tuviera inteligencia; eso nunca está fuera de lugar en compañía de la belleza. "Sí, desde el primer vistazo has adivinado el tipo de hombre con el que tienes que ver. Precisamente; soy tímido con las mujeres, estoy agitado, no lo niego, tanto como lo estabas tú hace un minuto cuando ese caballero te alarmó. Ahora estoy alarmado. Es como un sueño, y nunca adiviné, ni siquiera en mis sueños, que debía hablar con ninguna mujer".

"¿Qué? ¿De verdad? ."

"Sí; si mi brazo tiembla, es porque nunca ha sido sostenido por una linda manita como la tuya. Soy un completo desconocido para las mujeres; es decir, nunca he estado acostumbrado a ellas. Verás, yo solo. . . ni siquiera sé cómo hablar con ellas. ¡Aquí, no sé ahora si no he dicho alguna tontería con usted! Dígame con franqueza; le aseguro de antemano que no soy rápido para ofenderme. . ."

"No, nada, nada, todo lo contrario. Y si insistes en que te hable con franqueza, te diré que a las mujeres les gusta esa timidez; y si quieres saber más, a mí también me gusta, y no te echaré hasta que llegue a casa."

"Me harás", dije, sin aliento de placer, "perder mi timidez, y entonces adiós a todas mis posibilidades. . . ."

"¡Oportunidades! ¿Qué oportunidades de qué? Eso no es tan agradable".

"Le pido perdón, lo siento, ha sido un lapsus; pero cómo se puede esperar que uno en un momento así no tenga deseos. . . ."

"De caer bien, ¿eh?"

"Bueno, sí; pero, por el amor de Dios, sea amable. Piensa en lo que soy. Tengo veintiséis años y nunca he visto a nadie. ¿Cómo voy a hablar bien, con tacto y al grano? Te parecerá mejor cuando te lo haya contado todo abiertamente. . . . no sé callar cuando mi corazón habla, Bueno, no importa. . . . ¡Créeme, ni una, mujer, nunca, nunca! ¡Ningún conocido de ningún tipo! Y no hago más que soñar todos los días que por fin conoceré a alguien. Oh, si supieras las veces que me he enamorado de esa manera. . ."

"¿Cómo? ¿Con quién?..."

"Pues con nadie, con un ideal, con el que sueño en mis sueños. Me invento romances regulares en mis sueños. ¡Ah, no me conoces! Es cierto que he conocido a dos o tres mujeres, pero ¿qué clase de mujeres eran? Eran todas caseras, que. . . Pero le haré reír si le digo que varias veces he pensado en hablar, simplemente hablar, con alguna dama aristócrata en la calle, cuando está sola, no hace falta decirlo; hablarle, por supuesto, tímidamente, respetuosamente, apasionadamente; decirle que estoy pereciendo en la soledad, rogarle que no me eche; decirle que no tengo ninguna posibilidad de conocer a ninguna mujer; inculcarle que es un deber positivo para una mujer no rechazar una plegaria tan tímida de un hombre

tan poco afortunado como yo. Que, de hecho, todo lo que pido es que me diga dos o tres palabras fraternales con simpatía, que no me rechace a primera vista; que me tome en confianza y escuche lo que digo; que se ría de mí si quiere, que me anime, que me diga dos palabras, sólo dos palabras, ¡aunque no volvamos a vernos después! . . . Pero usted se ríe; sin embargo, por eso se lo digo. . . ."

"No te enfades; sólo me río de que seas tu propio enemigo, y si lo hubieras intentado lo habrías conseguido, tal vez, aunque hubiera sido en la calle; cuanto más sencillo, mejor. . . . Ninguna mujer de buen corazón, a no ser que fuera estúpida o, más aún, que estuviera enfadada por algo en ese momento, se atrevería a despedirte sin esas dos palabras que pides tan tímidamente. . . . ¿Pero qué estoy diciendo? Por supuesto que te tomaría por un loco. Estaba juzgando por mí mismo; sé mucho sobre la vida de otras personas".

"¡Oh, gracias!", grité; "¡no sabes lo que has hecho por mí ahora!"

"¡Me alegro! ¡Me alegro! Pero dígame cómo se enteró de que yo era la clase de mujer con la que... bueno, con la que se considera digna. . de la atención y la amistad ... de hecho, no una casera como usted dice? ¿Qué te hizo decidirte a acercarte a mí?"

"¿Qué me hizo? . . . Pero estabas sola; ese caballero fue demasiado insolente; es de noche. Debes admitir que era un deber. . . ."

"No, no; me refiero a que antes, en el otro lado, sabes que querías subir a mí".

"¿En el otro lado? Realmente no sé cómo responder; tengo miedo de hacerlo. . . . ¿Sabes que hoy he sido feliz? He paseado cantando; he salido al campo; nunca he tenido momentos tan felices. Tú. ...tal vez fue mi fantasía. . . . Perdona que me refiera a ello; me pareció

que llorabas, y yo... ...no podía soportar oírlo. . . me hizo doler el corazón. . . . ¡Oh, Dios mío! ¿Seguramente podría estar preocupado por ti? Seguramente no había nada malo en sentir una compasión fraternal por ti. . . . Perdona, he dicho compasión. . . . Bueno, en resumen, seguramente no te ofenderías por mi impulso involuntario de acercarme a ti. . . ."

"Basta, ya es suficiente, no hables de eso", dijo la chica, bajando la mirada, y apretando mi mano. "La culpa es mía por haber hablado de ello; pero me alegro de no haberme equivocado contigo. . . . Pero aquí estoy en casa; debo bajar por esta vuelta, está a dos pasos de aquí. . . . Adiós, gracias. . . ."

"Seguramente. ...seguramente no querrás decir... . . que nunca nos volveremos a ver? . . . ¿Seguro que esto no es el final?"

"Ya ves", dijo la chica, riendo, "al principio sólo querías dos palabras, y ahora. . . Sin embargo, no diré nada. . ... tal vez nos encontremos. ... . ."

"Vendré aquí mañana", dije. "Oh, perdóneme, ya estoy exigiendo. . . ."

"Sí, no eres muy paciente. ... casi insiste".

"¡Escucha, escucha!" La interrumpí. "Perdóname si te digo algo más. . . . Te digo que no puedo evitar venir aquí mañana, soy un soñador; tengo tan poca vida real que veo momentos como éste ahora, como algo tan raro, que no puedo evitar volver a pasar por esos momentos en mis sueños. Estaré soñando contigo toda la noche, toda una semana, todo un año. Seguro que mañana vendré aquí, justo a este lugar, justo a la misma hora, y seré feliz recordando el día de hoy. Este lugar es ya muy querido para mí. Ya

tengo dos o tres lugares así en Petersburgo. Una vez derramé lágrimas por los recuerdos. . . como tú. . . . Quién sabe, tal vez estabas llorando hace diez minutos por algún recuerdo. . . . Pero, perdóname, me he olvidado de nuevo; tal vez alguna vez hayas sido particularmente feliz aquí. . . ."

"Muy bien", dijo la muchacha, "tal vez venga aquí también mañana, a las diez. Veo que no puedo prohibírtelo. . . . El hecho es que tengo que estar aquí; no te imagines que estoy concertando una cita contigo; te digo de antemano que tengo que estar aquí por mi cuenta. Pero. . . bueno, se lo digo directamente, no me importa que venga. Para empezar, puede ocurrir algo desagradable como ha ocurrido hoy, pero eso no importa. . . . En resumen, simplemente me gustaría verte. . . para decirle dos palabras. ¡Sólo que no debes pensar lo peor de mí ahora! No creas que hago citas tan a la ligera. . . . No debería hacerlas si no fuera por eso. . . ¡Pero que sea mi secreto! Sólo un pacto de antemano. . ."

"¡Un pacto! Habla, dime, cuéntamelo todo de antemano; estoy de acuerdo con todo, estoy dispuesto a todo", grité encantado. "Respondo por mí mismo, seré obediente, respetuoso. . . me conoces. . . ."

"Precisamente porque te conozco te pido que vengas mañana", dijo la chica, riendo. "Te conozco perfectamente. Pero ten en cuenta que vendrás con la condición, en primer lugar (sólo sé buena, haz lo que te pido; ya ves, hablo con franqueza), de que no te enamorarás de mí. . . . Eso es imposible, se lo aseguro. Estoy dispuesto a la amistad; aquí está mi mano. . . . Pero no debes enamorarte de mí, te lo ruego".

"Lo juro", grité, agarrando su mano. . . .

"Calla, no jures, sé que estás a punto de estallar como la pólvora. No pienses mal de mí por decirlo. Si supieras. . . . . Yo tampoco tengo a nadie a quien decirle una palabra, a quien pedirle consejo. Por supuesto, uno no busca un consejero en la calle; pero tú eres una excepción. Te conozco como si fuéramos amigos desde hace veinte años... . . No me engañará, ¿verdad? . . ."

"Ya verás. ...lo único es que no sé cómo voy a sobrevivir las próximas veinticuatro horas".

"Duerme bien. Buenas noches, y recuerda que ya he confiado en ti. Pero acabas de exclamar tan amablemente: "¡Seguramente uno no puede ser responsable de todos los sentimientos, ni siquiera de la simpatía fraternal! ¿Sabes que eso fue tan bien dicho, que la idea me golpeó de inmediato, que podría confiar en ti?"

"Por el amor de Dios, hazlo; ¿pero sobre qué? ¿De qué se trata?" "Espera hasta mañana. Mientras tanto, que sea un secreto. Tanto mejor para ti; le dará un ligero sabor a romance. Tal vez te lo cuente mañana, y tal vez no. . . . Hablaré contigo un poco más antes; nos conoceremos mejor. . . ."

"¡Oh, sí, mañana te lo contaré todo sobre mí! ¿Pero qué ha pasado? Es como si me hubiera ocurrido un milagro. . . . . Dios mío, ¿dónde estoy? Vamos, dime, ¿no te alegras de no haberte enfadado y de no haberme alejado en el primer momento, como habría hecho cualquier otra mujer? En dos minutos me has hecho feliz para siempre. Sí, feliz; ¡quién sabe, tal vez, me has reconciliado conmigo mismo, has resuelto mis dudas! . . . Tal vez tales momentos me sobrevengan. . . . Pero allí te lo contaré todo mañana, lo sabrás todo, todo. . . ."

"Muy bien, estoy de acuerdo; empezarás. . ."

"De acuerdo".

"¡Adiós hasta mañana!"

"¡Hasta mañana!"

Y nos separamos. Caminé toda la noche; no podía decidirme a volver a casa. Estaba tan feliz. ...¡Mañana!

02

Segunda noche

Empieza: «"¡Bueno, así que has sobrevivido!", dijo ella, apretando mis dos manos.»

"¡Bueno, así que has sobrevivido!", dijo ella, apretando mis dos manos.

"Llevo aquí dos horas; no sabes en qué estado he estado todo el día".

"Lo sé, lo sé. Pero a los negocios. ¿Sabes por qué he venido? No para decir tonterías, como hice ayer. Te diré que debemos comportarnos con más sensatez en el futuro. Anoche pensé mucho en ello".

"¿En qué sentido debemos ser más sensatos? Yo estoy dispuesta a cumplir mi parte; pero, en realidad, no me ha ocurrido nada más sensato en mi vida que esto, ahora."

"¿De verdad? En primer lugar, te ruego que no me aprietes tanto las manos; en segundo lugar, debo decirte que hoy he pasado mucho tiempo pensando en ti y sintiendo dudas."

"¿Y cómo terminó?"

"¿Cómo terminó? El resultado es que tenemos que empezar de nuevo, porque la conclusión a la que llegué hoy fue que no te conozco en absoluto; que anoche me comporté como un bebé, como una niña pequeña; y, por supuesto, el hecho es que la culpa es de mi corazón blando; es decir, que me canté mis propias

alabanzas, como uno siempre hace al final cuando analiza su conducta. Y por lo tanto, para corregir mi error, he decidido averiguar todo sobre usted minuciosamente. Pero como no tengo a nadie de quien pueda averiguar nada, debes contarme todo tú mismo. Bien, ¿qué clase de hombre es usted? Vamos, date prisa, empieza, cuéntame toda tu historia".

"¡Mi historia!" grité alarmado. "¡Mi historia! ¿Pero quién le ha dicho que tengo una historia? No tengo historia...."

"Entonces, ¿cómo has vivido, si no tienes historia?", interrumpió ella, riendo.

"¡Absolutamente sin historia! He vivido, como se dice, guardándome a mí mismo, es decir, completamente solo, completamente solo. ¿Sabes lo que significa estar solo?"

"¿Pero cómo de solo? ¿Quieres decir que nunca has visto a nadie?"

"Oh no, veo a la gente, por supuesto; pero aun así estoy solo".

"¿Por qué, nunca hablas con nadie?"

"Estrictamente hablando, con nadie".

"¿Quién eres entonces? Explícate. Quédate, supongo: lo más probable es que, como yo, tengas una abuela. Ella es ciega y no me deja ir a ninguna parte, de modo que casi he olvidado cómo hablar; y cuando hice algunas travesuras hace dos años, y vio que no había forma de retenerme, me llamó y prendió mi vestido al suyo, y desde entonces nos sentamos así durante días; ella teje una media, aunque es ciega, y yo me siento a su lado, coso o le leo en voz alta; es una costumbre tan extraña, aquí hace dos años que estoy prendida a ella...."

"¡Santo cielo! ¡Qué miseria! Pero no, no tengo una abuela así".

"Pues si no la tienes ¿por qué te sientas en casa?..."

"Escucha, ¿quieres saber la clase de hombre que soy?"

"¡Sí, sí!"

"¿En el sentido estricto de la palabra?"

"En el sentido más estricto de la palabra".

"¡Muy bien, soy un tipo!"

"¡Tipo, tipo! ¿Qué tipo?", gritó la muchacha, riendo, como si no hubiera tenido ocasión de reírse en todo un año. "Sí, es muy divertido hablar contigo. Mira, aquí hay un asiento, sentémonos. No pasa nadie por aquí, nadie nos oirá, y empieza tu historia. Porque no es bueno que me lo cuentes, sé que tienes una historia; sólo que la ocultas. Para empezar, ¿qué es un tipo?"

"¿Un tipo? Un tipo es un original, ¡es una persona absurda!" dije, contagiado por su risa infantil. "Es un personaje. Escucha; ¿sabes lo que se entiende por un soñador?"

"¡Un soñador! En efecto, creo que lo sé. Yo mismo soy un soñador. A veces, cuando me siento junto a la abuela, se me ocurren todo tipo de cosas. Cuando uno empieza a soñar se deja llevar por la fantasía... ¡me casaré con un príncipe chino! Aunque a veces es bueno soñar. Pero, ¡sabe Dios! Sobre todo cuando uno tiene algo en que pensar aparte de los sueños", añadió la muchacha, esta vez con bastante seriedad.

"¡Excelente! Si has estado casada con un emperador chino, me entenderás perfectamente. Vamos, escucha.... Pero un momento,

aún no sé tu nombre".

"¡Por fin! No has tenido prisa en pensarlo!"

"¡Oh, Dios mío! Nunca se me pasó por la cabeza, me sentí muy feliz tal y como estaba...."

"Me llamo Nastenka".

"¡Nastenka! ¿Y nada más?"

"¡Nada más! ¿Por qué, no es suficiente para ti, persona insaciable?"

"¿No es suficiente? Al contrario, es mucho, muy mucho, Nastenka; amable muchacha, si eres Nastenka para mí desde el principio".

"¡Claro que sí! ¿Y bien?"

"Bueno, escucha, Nastenka, ahora por esta absurda historia".

Me senté a su lado, adopté una actitud pedantemente seria, y comencé como si leyera de un manuscrito:-

"Hay, Nastenka, aunque no lo sepas, rincones extraños en Petersburgo. Parece como si el mismo sol que brilla para todos los petersburgueses no se asomara a esos rincones, sino otro nuevo diferente, destinado expresamente a esos rincones, y que arroja una luz diferente sobre todo. En esos rincones, querida Nastenka, se vive una vida muy diferente, muy distinta a la que nos rodea, pero que tal vez exista en algún reino desconocido, no entre nosotros en nuestro tiempo serio, demasiado serio. Pues bien, esa vida es una mezcla de algo puramente fantástico, fervientemente ideal, con algo (¡ay! Nastenka) dingiosamente prosaico y ordinario, por no decir increíblemente vulgar."

"¡Foo! ¡Cielo santo! ¡Qué prefacio! ¿Qué oigo?"

"Escucha, Nastenka. (Me parece que nunca me cansaré de llamarte Nastenka.) Déjame decirte que en estos rincones viven personas extrañas, soñadores. El soñador -si quieres una definición exactano es un ser humano, sino una criatura de tipo intermedio. La mayor parte de las veces se instala en algún rincón inaccesible, como si se escondiera de la luz del día; una vez que se desliza en su rincón, se amolda a él como un caracol, o, en todo caso, es en ese aspecto muy parecido a esa notable criatura, que es un animal y una casa a la vez, y que se llama tortuga. ¿Por qué supones que es tan aficionado a sus cuatro paredes, que están invariablemente pintadas de verde, mugrientas, lúgubres y apestando imperdonablemente a humo de tabaco? ¿Por qué cuando este absurdo caballero recibe la visita de uno de sus pocos conocidos (y termina por deshacerse de todos sus amigos), por qué esta persona absurda lo recibe con tanta vergüenza, cambiando de semblante y abrumada por la confusión, como si acabara de cometer algún crimen dentro de sus cuatro paredes; como si hubiera estado falsificando billetes falsos, o como si estuviera escribiendo versos para enviarlos a un diario con una carta anónima, en la que afirma que el verdadero poeta ha muerto, y que su amigo cree que es su deber sagrado publicar sus cosas? ¿Por qué, dime, Nastenka, por qué la conversación no es fácil entre los dos amigos? ¿Por qué no hay risas? ¿Por qué no sale ninguna palabra viva de la lengua del perplejo recién llegado, que en otras ocasiones puede ser muy aficionado a la risa, a las palabras vivas, a la conversación sobre el bello sexo y a otros temas alegres? ¿Y por qué este amigo, probablemente nuevo y en su primera visita -pues difícilmente habrá una segunda, y el amigo no volverá a venir-, por qué el propio amigo está tan confundido, tan trabado de lengua, a pesar de su ingenio (si es que lo tiene), mientras mira el rostro abatido de su anfitrión, que, a su vez, se encuentra totalmente

desamparado y sin fuerzas después de gigantescos pero infructuosos esfuerzos para suavizar las cosas y animar la conversación, para mostrar su conocimiento de la sociedad educada, para hablar, también, del bello sexo, y por tan humilde esfuerzo, para complacer al pobre hombre, que como un pez fuera del agua ha venido a visitarle por error? ¿Por qué el caballero, recordando de pronto algún asunto muy necesario que nunca existió, toma de repente su sombrero y se apresura a marcharse, arrebatando su mano del cálido agarre de su anfitrión, que se esforzaba por mostrar su pesar y recuperar el puesto perdido? ¿Por qué el amigo se ríe al salir por la puerta y jura no volver a ver a ese bicho raro, a pesar de que el bicho raro es realmente un muy buen tipo, y al mismo tiempo no puede negar a su imaginación la pequeña diversión de comparar el semblante del bicho raro durante su conversación con la expresión de un infeliz gatito capturado a traición, manejado con brusquedad, asustado y sometido a toda clase de indignidades por los niños, hasta que, totalmente cabizbajo, se esconde de ellos bajo una silla en la oscuridad, y allí debe erizarse, escupir y lavarse la cara insultada con ambas patas, y mucho tiempo después mirar con rabia la vida y la naturaleza, e incluso los trozos que el simpático ama de llaves guarda para él de la cena del amo... "

"Escucha", interrumpió Nastenka, que me había escuchado todo el tiempo con asombro, abriendo los ojos y la boquita. "Escucha; no sé en absoluto por qué ha sucedido y por qué me haces preguntas tan absurdas; lo único que sé es que esta aventura debe haberte sucedido palabra por palabra".

"Sin duda", respondí, con la cara más grave.

"Bueno, ya que no hay duda, sigue", dijo Nastenka, "porque tengo muchas ganas de saber cómo va a terminar".

"¿Quieres saber, Nastenka, lo que nuestro héroe, es decir, yo -pues el héroe de todo el asunto era mi humilde personahizo en su esquina? ¿Quieres saber por qué perdí la cabeza y estuve todo el día alterado por la inesperada visita de un amigo? ¿Quieres saber por qué me sobresalté tanto, por qué me sonrojé cuando se abrió la puerta de mi habitación, por qué no fui capaz de agasajar a mi visitante y por qué me aplasté bajo el peso de mi propia hospitalidad?"

"Pues sí, sí", respondió Nastenka, "esa es la cuestión. Escucha. Lo describes todo espléndidamente, pero ¿no podrías quizás describirlo un poco menos espléndidamente? Hablas como si lo leyeras de un libro".

"Nastenka", le contesté con voz severa y digna, sin poder evitar la risa, "querida Nastenka, sé que describo espléndidamente, pero, discúlpame, no sé de qué otra manera hacerlo. En este momento, querida Nastenka, en este momento soy como el espíritu del rey Salomón cuando, después de permanecer mil años bajo siete sellos en su urna, esos siete sellos fueron por fin retirados. En este momento, Nastenka, cuando nos hemos encontrado por fin después de una separación tan larga -pues te conozco desde hace siglos, Nastenka, porque hace siglos que busco a alguien, y eso es señal de que era a ti a quien buscaba, y estaba ordenado que nos encontráramos ahoraen este momento se han abierto mil válvulas en mi cabeza, y debo dejarme fluir en un río de palabras, o me ahogaré. Así que te ruego que no me interrumpas, Nastenka, sino que escuches humilde y obedientemente, o me callaré".

"¡No, no, no! En absoluto. ¡Continúa! No diré ni una palabra".

"Continuaré. Hay, amiga Nastenka, una hora del día que me gusta mucho. Es la hora en que casi todos los negocios, el trabajo y los deberes han terminado, y todos se apresuran a ir a casa a cenar, a acostarse, a descansar, y en el camino todos reflexionan sobre otros temas más alegres relacionados con sus tardes, sus noches y todo el resto de su tiempo libre. A esa hora nuestro héroe - permíteme, Nastenka, que cuente mi historia en tercera persona, pues uno se siente terriblemente avergonzado de contarla en primera personay así, a esa hora, nuestro héroe, que también tenía su trabajo, se paseaba tras los demás. Pero un extraño sentimiento de placer hizo que su rostro, pálido y algo arrugado, se pusiera a trabajar. No miraba con indiferencia el resplandor vespertino que se desvanecía lentamente en el frío cielo de Petersburgo. Cuando digo que miraba, miento: no lo miraba, sino que lo veía como sin darse cuenta, como si estuviera cansado o preocupado por algún otro tema más interesante, de modo que apenas podía dedicar una mirada a algo de su entorno. Estaba contento porque hasta el día siguiente estaba liberado de los asuntos que le resultaban molestos, y feliz como un colegial que sale del aula a sus juegos y travesuras. Míralo, Nastenka; verás enseguida que la emoción de la alegría ya ha hecho efecto en sus débiles nervios y en su fantasía morbosamente excitada. Ves que está pensando en algo.... ¿En la cena, te imaginas? ¿En la noche? ¿Qué está mirando así? ¿Acaso a ese caballero de digna apariencia que se inclina tan pintorescamente ante la dama que pasa en un carruaje tirado por caballos que brincan? No, Nastenka; ¡qué son ahora todas esas trivialidades para él! Ahora es rico con su propia vida individual; se ha enriquecido repentinamente, y no es por nada que la puesta de

sol que se desvanece derrama sus destellos de despedida tan alegremente ante él, y convoca un enjambre de impresiones de su corazón calentado. Ahora apenas se fija en el camino, en el que en otras ocasiones le llamarían la atención los más mínimos detalles. Ahora "la diosa de la fantasía" (si has leído a Zhukovsky, querida Nastenka) ya ha hilado con mano fantástica su urdimbre de oro y ha comenzado a tejer sobre ella patrones de maravillosa vida mágica, y quién sabe, tal vez, su mano fantástica lo ha llevado al séptimo cielo de cristal, lejos del excelente pavimento de granito por el que caminaba. Intenta detenerlo ahora, pregúntale de repente dónde está parado ahora, por qué calles va; probablemente no recordará nada, ni a dónde va ni dónde está parado ahora, y sonrojado por la vejación seguramente dirá alguna mentira para salvar las apariencias. Por eso se sobresalta, casi grita, y mira a su alrededor con horror cuando una respetable anciana lo detiene cortésmente en medio de la acera y le pregunta por el camino. Con el ceño fruncido, sigue adelante, sin darse cuenta de que más de un transeúnte sonríe y se gira para mirarle, y de que una niña, apartándose alarmada, se ríe a carcajadas, mirando con los ojos abiertos su amplia sonrisa meditabunda y sus gestos. Pero la fantasía atrapa en su juguetón vuelo a la anciana, a los curiosos transeúntes y al niño que ríe, y a los campesinos que pasan las noches en sus barcazas en Fontanka (nuestro héroe, supongamos, está caminando por la orilla del canal en ese momento), y caprichosamente teje a todos y a todo en el lienzo como una mosca en una tela de araña. Y sólo después de que el tipo raro haya regresado a su confortable guarida con provisiones frescas para que su mente trabaje, se haya sentado y haya terminado su cena, vuelve en sí, cuando la Matrona que lo atiende -siempre pensativa y deprimidalimpia la mesa y le da su pipa; entonces vuelve en sí y

recuerda con sorpresa que ha cenado, aunque no tiene la menor idea de cómo ha sucedido. Se ha hecho de noche en la habitación; su alma está triste y vacía; todo el reino de las fantasías se desmorona a su alrededor, se desmorona sin dejar rastro, sin hacer ruido, se aleja como un sueño, y él mismo no puede recordar lo que estaba soñando. Pero una vaga sensación agita débilmente su corazón y lo hace doler, algún nuevo deseo tienta y excita su fantasía, y evoca imperceptiblemente un enjambre de nuevos fantasmas. La quietud reina en la pequeña habitación; la imaginación es fomentada por la soledad y la ociosidad; está levemente humeante, levemente hirviendo a fuego lento, como el agua con la que la vieja Matrona está preparando su café mientras se mueve tranquilamente en la cocina cercana. Ahora estalla espasmódicamente; y el libro, cogido sin rumbo y al azar, cae de la mano de mi soñador antes de que haya llegado a la tercera página. Su imaginación vuelve a agitarse y a trabajar, y de nuevo un nuevo mundo, una nueva vida fascinante se abre ante él. Un nuevo sueño, una nueva felicidad. Un nuevo torrente de veneno delicado y voluptuoso. ¡Qué es la vida real para él! A sus ojos corrompidos vivimos, tú y yo, Nastenka, tan tórpidamente, lentamente, insípidamente; a sus ojos estamos todos tan insatisfechos con nuestro destino, tan agotados por nuestra vida. Y, en verdad, ved cómo a primera vista todo es frío, taciturno, como si estuviera malhumorado entre nosotros.... Pobrecitos! piensa nuestro soñador. ¡Y no es de extrañar que lo piense! Mirad estos mágicos fantasmas, que tan encantadora, tan caprichosamente, tan despreocupada y libremente se agrupan ante él en un cuadro tan mágico y animado, en el que la figura más destacada del primer plano es, naturalmente, él mismo, nuestro soñador, en su preciosa persona. Ved qué variadas aventuras, qué interminable enjambre

de sueños extáticos. Tal vez se pregunte qué es lo que está soñando. ¿Por qué preguntar eso? -Por qué, de todo... de la suerte del poeta, primero no reconocido, luego coronado de laureles; de la amistad con Hoffmann, de la Noche de San Bartolomé, de Diana Vernon, de hacer de héroe en la toma de Kazán por Iván Vasílievitch, de Clara Mowbray, de Effie Deans, del consejo de los prelados y de Huss ante ellos, de la resurrección de los muertos en "Roberto el Diablo" (¡recuerda la música, huele a cementerio!), de Minna y Brenda, de la batalla de Berezina, de la lectura de un poema en casa de la condesa V. D., de Danton, de Cleopatra ei suoi amanti, de una casita en Kolomna, de una casita propia y al lado de una querida criatura que le escucha a uno en una tarde de invierno, abriendo su boquita y sus ojos como tú me estás escuchando ahora, mi ángel.... No, Nastenka, ¿qué hay, qué hay para él, voluptuoso perezoso, en esta vida, que tanto anhelamos tú y yo? Piensa que ésta es una pobre vida lamentable, sin prever que para él también, tal vez, alguna vez puede llegar la hora luctuosa, en la que por un día de esa vida lamentable daría todos sus años de fantasía, y los daría no sólo por la alegría y por la felicidad, sino sin importarle hacer distinciones en esa hora de tristeza, de remordimiento y de pena desenfrenada. Pero hasta ahora no ha llegado esa amenaza: no desea nada, porque es superior a todo deseo, porque lo tiene todo, porque está saciado, porque es el artista de su propia vida, y la crea para sí mismo cada hora a la medida de su último capricho. Y sabe que este mundo fantástico del país de las hadas se crea tan fácilmente, tan naturalmente. Como si no fuera un engaño. En efecto, ¡está dispuesto a creer en algunos momentos que toda esta vida no es sugerida por el sentimiento, no es un espejismo, no es un delirio de la imaginación, sino que es concreta, real, sustancial! ¿Por qué, Nastenka, por qué en esos momentos uno contiene la respiración?

¿Por qué, por qué brujería, por qué capricho incomprensible, se acelera el pulso, brota una lágrima de los ojos del soñador, mientras sus pálidas y húmedas mejillas brillan, mientras todo su ser está impregnado de una inexpresable sensación de consuelo? ¿Por qué las noches enteras de insomnio transcurren como un relámpago de inagotable alegría y felicidad, y cuando el alba resplandece sonrosada en la ventana y el amanecer inunda la sombría habitación con una luz incierta y fantástica, como en Petersburgo, nuestro soñador, agotado y exhausto, se arroja sobre su cama y se duerme con estremecimientos de deleite en su espíritu morbosamente sobreexcitado, y con un cansado y dulce dolor en su corazón? Sí, Nastenka, ¡uno se engaña a sí mismo y cree inconscientemente que la verdadera pasión agita su alma; cree inconscientemente que hay algo vivo, tangible en sus sueños inmateriales! ¿Y es un engaño? Aquí el amor, por ejemplo, está ligado con toda su insondable alegría, con todas sus torturantes agonías en su seno.... ¡Míralo y te convencerás! ¿Creerías, mirándolo, querida Nastenka, que nunca ha conocido a la que ama en sus sueños extáticos? ¿Puede ser que sólo la haya visto en visiones seductoras, y que esta pasión no haya sido más que un sueño? ¿Seguro que han pasado años juntos de la mano, los dos solos, desprendiéndose de todo el mundo y uniendo cada uno su vida a la del otro? ¿Seguro que cuando llegó la hora de la despedida, ella debió de yacer sollozando y afligida en su pecho, sin importarle la tempestad que se desencadenaba bajo el cielo sombrío, sin importarle el viento que arrancaba y arrastraba las lágrimas de sus negras pestañas? ¿Puede todo eso haber sido un sueño, y ese jardín, abatido, abandonado, desbocado, con sus caminitos cubiertos de musgo, solitario, sombrío, donde solían pasear juntos tan felizmente, donde esperaban, se afligían, se

amaban, se querían tanto tiempo, "tanto tiempo y con tanto cariño"? ¿Y esa extraña casa solariega donde ella pasó tantos años sola y triste con su viejo y taciturno marido, siempre silencioso y espléndido, que los asustaba, mientras tímidos como niños se ocultaban su amor? ¡Qué tormentos sufrieron, qué agonías de terror, qué inocente, qué puro era su amor, y qué (no hace falta decirlo, Nastenka) maliciosa era la gente! Y, ¡buenos cielos! seguramente se encontró con ella después, lejos de sus costas natales, bajo cielos ajenos, en el caluroso sur de la ciudad divinamente eterna, en el deslumbrante esplendor del baile al estruendo de la música, en un palacio (debe ser en un palacio), ahogado en un mar de luces, en el balcón, envuelto en mirto y rosas, donde, reconociéndolo, ella se quita apresuradamente la máscara y susurrando "Soy libre", se arroja temblorosa a sus brazos, y con un grito de éxtasis, aferrándose el uno al otro, en un instante olvidan su dolor y su despedida y todas sus agonías, y la casa sombría y el viejo y el lúgubre jardín en aquella tierra lejana, y el asiento en el que con un último beso apasionado se arrancó de sus brazos entumecidos por la angustia y la desesperación. ... Oh, Nastenka, debes admitir que uno se sobresalta, se confunde y se ruboriza como un colegial que acaba de meterse en el bolsillo una manzana robada del jardín del vecino, cuando tu visitante no invitado, un tipo robusto y larguirucho, un alma festiva aficionada a las bromas, abre tu puerta y grita como si nada: "Mi querido muchacho, he llegado en este momento de Pavlovsk". Dios mío, el viejo conde ha muerto, la felicidad indecible está cerca, y llega gente de Pavlovsk".

Al terminar mi patético llamamiento, me detuve patéticamente. Recordé que tenía un intenso deseo de forzarme a reír, pues ya

sentía que un demonio maligno se agitaba dentro de mí, que tenía un nudo en la garganta, que mi barbilla empezaba a crisparse y que mis ojos se humedecían cada vez más.

Esperaba que Nastenka, que me escuchaba abriendo sus inteligentes ojos, rompiera en su risa infantil e irreprimible; y ya me arrepentía de haber llegado tan lejos, de haber descrito innecesariamente lo que desde hacía tiempo se cocía a fuego lento en mi corazón, del que podía hablar como si fuera un relato escrito, porque hacía tiempo que me había juzgado a mí mismo y ahora no podía resistirme a leerlo, a hacer mi confesión, sin esperar que me entendieran; pero, para mi sorpresa, se quedó en silencio, esperando un poco, luego apretó débilmente mi mano y con tímida simpatía preguntó-

"¿Seguro que no has vivido así toda tu vida?"

"Toda mi vida, Nastenka", respondí; "toda mi vida, y me parece que seguiré así hasta el final".

"No, eso no puede ser", dijo ella con inquietud, "eso no debe ser; y así, tal vez, pasaré toda mi vida al lado de la abuela. ¿Sabes que no es nada bueno vivir así?"

"¡Lo sé, Nastenka, lo sé!" grité, incapaz de contener mis sentimientos por más tiempo. "¡Y me doy cuenta ahora, más que nunca, de que he perdido todos mis mejores años! Y ahora lo sé y lo siento más dolorosamente al reconocer que Dios me ha enviado a ti, mi buen ángel, para decírmelo y demostrármelo. Ahora que me siento a tu lado y hablo contigo me resulta extraño pensar en el futuro, pues en el futuro vuelve a haber soledad, vuelve a haber esta vida mohosa e inútil; ¡y qué tendré que soñar cuando he sido

tan feliz en la realidad a tu lado! Oh, bendita seas, querida niña, por no haberme repelido al principio, por permitirme decir que durante dos tardes, al menos, he vivido."

"¡Oh, no, no!", gritó Nastenka y las lágrimas brillaron en sus ojos. "¡No, ya no debe ser así; no debemos separarnos así! ¿Qué son dos tardes?"

"¡Oh, Nastenka, Nastenka! ¿Sabes hasta qué punto me has reconciliado conmigo misma? ¿Sabes que ahora no pensaré tan mal de mí misma, como lo he hecho en algunos momentos? ¿Sabes que, tal vez, dejaré de lamentarme por el crimen y el pecado de mi vida? porque una vida así es un crimen y un pecado. Y no creas que he exagerado nada, por el amor de Dios, no pienses eso, Nastenka, porque a veces me invade tal miseria, tal miseria.... Porque en esos momentos empieza a parecerme que soy incapaz de empezar una vida en la vida real, porque me ha parecido que he perdido todo contacto, todo instinto para lo actual, lo real; porque al fin me he maldecido a mí mismo; porque después de mis noches fantásticas tengo momentos de vuelta a la sobriedad, ¡que son horribles! Mientras tanto, oyes el torbellino y el estruendo de la multitud en el vórtice de la vida que te rodea; oyes, ves, a los hombres que viven en la realidad; ves que la vida para ellos no está prohibida, que su vida no flota como un sueño, como una visión; que su vida está siendo eternamente renovada, eternamente joven, y que ni una hora de ella es igual a otra; mientras que la fantasía es tan poco espirituosa, monótona hasta la vulgaridad y se asusta fácilmente, esclava de las sombras, de la idea, esclava de la primera nube que envuelve al sol, y cubre de depresión el verdadero corazón petersburgués tan entregado al sol, y ¡qué es la fantasía en la depresión! Uno siente que esta inagotable fantasía está al fin

cansada y desgastada por el continuo ejercicio, porque uno está creciendo en la madurez, superando sus viejos ideales: se están rompiendo en fragmentos, en polvo; si no hay otra vida hay que construir una con los fragmentos. Y mientras tanto el alma anhela y ansía otra cosa. Y en vano el soñador hurga en sus viejos sueños, como si buscara una chispa entre los rescoldos, para avivar su llama, para calentar su frío corazón con el fuego reavivado, y para despertar en él todo lo que fue tan dulce, lo que tocó su corazón, lo que hizo hervir su sangre, lo que arrancó lágrimas de sus ojos, y lo que tan lujosamente le engañó. ¿Sabes, Nastenka, a qué punto he llegado? Sabes que ahora me veo obligado a celebrar el aniversario de mis propias sensaciones, el aniversario de aquello que una vez fue tan dulce, que nunca existió en la realidad -pues este aniversario se guarda en memoria de aquellos mismos sueños insensatos y sombríosy a hacerlo porque aquellos sueños insensatos ya no existen, porque no tengo nada con lo que ganarlos; ¡ya sabes que ni siquiera los sueños son gratuitos! ¿Sabes que ahora me encanta recordar y visitar en determinadas fechas los lugares donde una vez fui feliz a mi manera? Me encanta construir mi presente en armonía con el pasado irrevocable, y a menudo deambulo como una sombra, sin rumbo, triste y abatida, por las calles y callejuelas torcidas de Petersburgo. ¡Qué recuerdos son! Recordar, por ejemplo, que aquí hace justo un año, a esta hora, en esta acera, deambulaba tan solo, tan abatido como hoy. Y uno recuerda que entonces sus sueños eran tristes, y aunque el pasado no era mejor, uno siente como si de alguna manera hubiera sido mejor, y que la vida era más pacífica, que uno estaba libre de los negros pensamientos que ahora lo persiguen a uno; que uno estaba libre del roer de la conciencia -el sombrío y hosco roer que ahora no me da descanso ni de día ni de noche. Y uno se pregunta dónde

están sus sueños. Y uno sacude la cabeza y dice ¡qué rápido pasan los años! Y uno se pregunta de nuevo qué ha hecho con sus años. ¿Dónde has enterrado tus mejores días? ¿Has vivido o no? Mira, se dice uno a sí mismo, mira cómo se enfría el mundo. Pasarán algunos años más, y tras ellos vendrá la sombría soledad; luego vendrá la vejez temblando sobre su muleta, y tras ella la miseria y la desolación. Tu mundo fantástico palidecerá, tus sueños se desvanecerán y morirán y caerán como las hojas amarillas de los árboles.... Oh, Nastenka! Sabes que será triste quedarte sola, completamente sola, y no tener ni siquiera nada que lamentar: nada, absolutamente nada... ¡por todo lo que has perdido, todo eso, todo era nada, estúpida, simple nulidad, no ha habido más que sueños!"

"Vamos, no trabajes más en mis sentimientos", dijo Nastenka, enjugando una lágrima que resbalaba por su mejilla. "¡Ahora se acabó! Ahora seremos dos juntos. Pase lo que pase, nunca nos separaremos. Escucha; soy una chica sencilla, no he tenido mucha educación, aunque la abuela me consiguió un maestro, pero en verdad te entiendo, pues todo lo que has descrito lo he vivido yo misma, cuando la abuela me prendió a su vestido. Por supuesto, yo no lo habría descrito tan bien como tú; no soy educada -añadió tímidamente, pues aún sentía una especie de respeto por mi patética elocuencia y mi elevado estilo-, pero me alegro mucho de que hayas sido muy abierta conmigo. Ahora os conozco a fondo, a todos vosotros. ¿Y sabéis qué? Yo también quiero contarte mi historia, sin tapujos, y después de eso debes aconsejarme. Eres un hombre muy inteligente; ¿prometes darme consejos?"

"¡Ah, Nastenka!", grité, "aunque nunca he dado consejos, y menos aún consejos sensatos, sin embargo, ahora veo que si seguimos

siempre así, serán muy sensatos, y que cada uno de nosotros dará al otro muchos consejos sensatos. Bueno, mi bonita Nastenka, ¿qué clase de consejo quieres? Dímelo con franqueza; en este momento estoy tan alegre y feliz, tan atrevida y sensata, que no me será difícil encontrar palabras."

"¡No, no!" interrumpió Nastenka, riendo. "¡No sólo quiero un consejo sensato, quiero un consejo fraternal y cálido, como si me hubieras querido toda la vida!"

"¡De acuerdo, Nastenka, de acuerdo!" grité encantado; "y si te hubiera tenido cariño durante veinte años, no podría haberte tenido más cariño que ahora".

"Tu mano", dijo Nastenka.

"Aquí está", dije, dándole mi mano.

"Y así, ¡comencemos mi historia!"

0 3

La historia de nastenka

Empieza: «"La mitad de mi historia ya la conoces, es decir, sabes que tengo una vieja abuela...."»

"La mitad de mi historia ya la conoces, es decir, sabes que tengo una vieja abuela...."

"Si la otra mitad es tan breve como esa..." interrumpí, riendo.

"Cállate y escucha. En primer lugar, debes aceptar no interrumpirme, o si no, ¡quizás me meta en un lío! Ven, escucha en silencio.

"Tengo una vieja abuela. Llegué a sus manos cuando era una niña, ya que mi padre y mi madre han muerto. Hay que suponer que la abuela fue antes más rica, porque ahora recuerda tiempos mejores. Me enseñó francés y luego me consiguió un profesor. Cuando tenía quince años (y ahora tengo diecisiete) dejamos de tener clases. Fue entonces cuando me metí en una travesura; no te diré lo que hice; basta con decir que no fue muy importante. Pero la abuela me llamó una mañana y me dijo que, como era ciega, no podía ocuparse de mí; cogió un alfiler y prendió mi vestido al suyo, y dijo que deberíamos sentarnos así el resto de nuestras vidas si, por supuesto, no me convertía en una chica mejor. De hecho, al principio era imposible alejarse de ella: Tenía que trabajar, leer y estudiar todo al lado de la abuela. Una vez intenté engañarla y

convencí a Fekla para que se sentara en mi lugar. Fekla es nuestra carnicera, es sorda. Fekla se sentó en mi lugar; la abuela estaba durmiendo en su sillón en ese momento, y yo me fui a ver a un amigo cercano. La cosa terminó en problemas. La abuela se despertó mientras yo estaba fuera e hizo algunas preguntas; pensó que yo seguía sentado tranquilamente en mi sitio. Fekla vio que la abuela le preguntaba algo, pero no podía saber lo que era; se preguntó qué hacer, deshizo el pasador y salió corriendo...."

En ese momento Nastenka se detuvo y empezó a reírse. Me reí con ella. Dejó de inmediato.

"Te digo que no te rías de la abuela. Me río porque es divertido.... Qué puedo hacer, ya que la abuela es así; pero aun así le tengo cariño en cierto modo. Ah, bueno, esa vez sí que la cogí. Tuve que sentarme en mi sitio de inmediato, y después no me dejaron moverme.

"Oh, olvidé decirte que nuestra casa nos pertenece, es decir, a la abuela; es una casita de madera con tres ventanas tan vieja como la propia abuela, con un pequeño piso superior; pues bien, se mudó a nuestro piso superior un nuevo inquilino".

"Entonces, usted tenía un antiguo inquilino", observé con indiferencia.

"Sí, claro", respondió Nastenka, "y uno que sabía contener la lengua mejor que tú. De hecho, casi nunca usaba la lengua. Era un ancianito mudo, ciego, cojo y reseco, de modo que al final no pudo seguir viviendo, murió; entonces tuvimos que buscar un nuevo inquilino, pues no podíamos vivir sin un inquilino; el alquiler, junto con la pensión de la abuela, es casi todo lo que tenemos. Pero el

nuevo inquilino, por suerte, era un hombre joven, un forastero que no era de por aquí. Como no regateó el alquiler, la abuela lo aceptó, y sólo después me preguntó: "Dime, Nastenka, cómo es nuestro inquilino: ¿es joven o viejo?" No quise mentir, así que le dije a la abuela que no era exactamente joven y que no era viejo.

"'¿Y es de aspecto agradable?', preguntó la abuela.

"De nuevo no quise mentir: 'Sí, es de aspecto agradable, abuela', dije. Y la abuela dijo: '¡Ah, qué fastidio, qué fastidio! Te lo digo, nieto, para que no te ocupes de él. ¡Qué tiempos estos! Por qué un mísero inquilino como éste, y además debe ser de aspecto agradable; ¡era muy diferente en los viejos tiempos!"

"La abuela siempre se lamentaba de los viejos tiempos; antes era más joven, y el sol era más cálido en los viejos tiempos, y la crema no se volvía tan amarga en los viejos tiempos; siempre eran los viejos tiempos. Me sentaba y me callaba y pensaba: ¿por qué me lo sugirió la abuela? ¿Por qué me preguntó si el inquilino era joven y guapo? Pero eso era todo, lo pensaba, volvía a contar mis puntos, seguía tejiendo mi media y me olvidaba del asunto.

"Una mañana, el inquilino vino a vernos; preguntó por una promesa de empapelar sus habitaciones. Una cosa llevó a la otra. La abuela estaba habladora y dijo: "Ve, Nastenka, a mi habitación y tráeme mi contador". Me levanté de un salto; me sonrojé, no sé por qué, y me olvidé de que estaba sentada con un alfiler a la abuela; en lugar de desprenderme del alfiler tranquilamente, para que el inquilino no lo viera, salté de tal manera que la silla de la abuela se movió. Cuando vi que el inquilino lo sabía todo sobre mí, me sonrojé, me quedé quieta como si me hubieran disparado, y de repente empecé a llorar; me sentí tan avergonzada y miserable en

ese momento, que no sabía dónde mirar. La abuela gritó: "¿A qué esperas?", y yo seguí peor que nunca. Cuando el inquilino vio, vio que yo estaba avergonzada por su culpa, ¡se inclinó y se fue de inmediato!

"Después de eso me sentí dispuesto a morir al menor ruido en el pasillo. Es el inquilino", pensaba, y me desabrochaba el pasador por si acaso. Pero siempre resultaba no serlo, nunca venía. Pasaron quince días; el inquilino me dijo, a través de Fyokla, que tenía un gran número de libros franceses, y que todos eran buenos libros que yo podía leer, por lo que ¿no le gustaría a la abuela que los leyera para no aburrirme? La abuela estaba de acuerdo con la gratitud, pero no dejaba de preguntar si eran libros morales, pues si los libros eran inmorales, no se podría aprender el mal de ellos."

'"¿Y qué debo aprender, abuela? ¿Qué hay escrito en ellos?

'"Ah', dijo ella, 'lo que se describe en ellos, es cómo los jóvenes seducen a las muchachas virtuosas; cómo, con la excusa de que quieren casarse con ellas, se las llevan de la casa de sus padres; cómo después abandonan a estas infelices muchachas a su suerte, y perecen de la manera más lamentable. He leído muchos libros - dijo la abuela-, y todo está tan bien descrito que uno se pasa la noche en vela leyéndolos a escondidas. Así que procura no leerlos, Nastenka -dijo-. ¿Qué libros ha enviado?

'"Son todos novelas de Walter Scott, abuela'.

'"¡Las novelas de Walter Scott! Pero quédate, ¿no hay algún truco en esto? Mira, ¿no ha metido una carta de amor entre ellas?

'"No, abuela', dije, 'no hay ninguna carta de amor'.

'"Pero mira debajo de la encuadernación; a veces la meten debajo de las encuadernaciones, los muy pillos'.

'"No, abuela, no hay nada debajo de la encuadernación'.

'"Bueno, está bien'.

"Así que empezamos a leer a Walter Scott, y en un mes más o menos habíamos leído casi la mitad. Luego nos envió más y más. También nos envió a Pushkin; de modo que al final no pude seguir sin un libro y dejé de soñar con lo bonito que sería casarme con un príncipe chino.

"Así estaban las cosas cuando un día me encontré con nuestro inquilino en la escalera. La abuela me había enviado a buscar algo. Se detuvo, yo me sonrojé y él se sonrojó; sin embargo, se rió, me dio los buenos días, preguntó por la abuela y dijo: "Bueno, ¿has leído los libros?". Le contesté que sí. ¿Qué es lo que más te ha gustado? Respondí: "Ivanhoe, y Pushkin, el mejor de todos", y así terminó nuestra conversación por aquella vez.

"Una semana más tarde volví a encontrarme con él en la escalera. Esa vez la abuela no me había enviado, quería conseguir algo para mí. Eran más de las dos, y el inquilino solía llegar a casa a esa hora. Buenas tardes", dijo. Yo también dije buenas tardes.

'"¿No eres aburrido?', dijo, 'sentado todo el día con tu abuela'.

"Cuando me preguntó eso, me sonrojé, no sé por qué; me sentí avergonzada, y de nuevo me sentí ofendida; supongo que porque otras personas habían empezado a preguntarme sobre eso. Quise irme sin contestar, pero no tuve fuerzas.

'"Escucha', dijo, 'eres una buena chica. Perdona que te hable así, pero te aseguro que deseo tu bienestar tanto como el de tu abuela. ¿No tienes amigos a los que puedas ir a visitar?

"Le dije que no tenía ninguna, que no había tenido más amiga que Mashenka, y que ella se había ido a Pskov.

'"Escucha', dijo, '¿te gustaría ir al teatro conmigo?'

'"Al teatro. ¿Y la abuela?

'"Pero debes ir sin que tu abuela lo sepa', dijo.

'"No', dije, 'no quiero engañar a la abuela. Adiós'.

'"Bueno, adiós', respondió, y no dijo nada más.

"Sólo después de la cena vino a vernos; se sentó un buen rato a hablar con la abuela; le preguntó si salía alguna vez a algún sitio, si tenía conocidos, y de repente dijo: 'He cogido un palco en la ópera para esta noche; dan El barbero de Sevilla. Mis amigos querían ir, pero luego se negaron, así que la entrada ha quedado en mis manos". El barbero de Sevilla -exclamó la abuela-, ¿la misma que se representaba antiguamente?

" 'Sí, es el mismo barbero', dijo, y me miró. Vi lo que significaba y me puse colorada, y mi corazón empezó a palpitar de suspenso.

'"Seguro que lo conozco', dijo la abuela; '¡porque yo misma hice el papel de Rosina en los viejos tiempos, en una representación privada!

'"Entonces, ¿no te gustaría ir hoy?', dijo el inquilino. Si no, mi billete se perderá".

'"Por supuesto, vayamos', dijo la abuela; ¿por qué no habríamos de ir? Y mi Nastenka nunca ha ido al teatro".

"¡Dios mío, qué alegría! Nos preparamos enseguida, nos pusimos nuestras mejores galas y nos pusimos en marcha. Aunque la abuela era ciega, quería escuchar la música; además, es un alma vieja y bondadosa, lo que más le importaba era divertirme, nunca hubiéramos ido por nuestra cuenta.

"No te diré cuál fue mi impresión sobre El barbero de Sevilla; pero durante toda aquella velada nuestro inquilino me miró tan bien, me habló tan bien, que enseguida vi que había querido ponerme a prueba por la mañana cuando me propuso ir con él sola. Bueno, ¡fue una alegría! Me fui a la cama tan orgullosa, tan alegre, mi corazón latía de tal manera que estaba un poco febril, y toda la noche estuve delirando sobre El Barbero de Sevilla.

"Esperaba que después de aquello viniera a vernos más y más a menudo, pero no fue así en absoluto. Dejó de venir casi por completo. Sólo venía una vez al mes, y entonces sólo para invitarnos al teatro. Volvimos a ir dos veces. Sólo que a mí no me agradaba en absoluto; veía que simplemente le daba pena porque la abuela me trataba tan mal, y eso era todo. A medida que pasaba el tiempo, me volvía cada vez más inquieta, no podía estar sentada, no podía leer, no podía trabajar; a veces me reía y hacía algo para molestar a la abuela, en otro momento lloraba. Al final adelgacé y estuve a punto de enfermar. La temporada de ópera había terminado, y nuestro inquilino había renunciado a venir a vernos; cada vez que nos encontrábamos -siempre en la misma escalera, por supuestose inclinaba tan silenciosamente, tan gravemente, como si no quisiera hablar, y bajaba a la puerta principal, mientras

yo seguía de pie en medio de la escalera, tan roja como una cereza, pues toda la sangre se me subía a la cabeza al verlo.

"Ahora se acerca el final. Hace apenas un año, en mayo, el inquilino vino a vernos y le dijo a la abuela que había terminado su negocio aquí, y que debía volver a Moscú por un año. Cuando lo oí, me hundí en una silla medio muerta; la abuela no se dio cuenta de nada; y tras informarnos de que nos dejaba, hizo una reverencia y se marchó.

"¿Qué iba a hacer yo? Pensé y pensé y me preocupé y me preocupé, y al final me decidí. Al día siguiente él se iba a ir, y yo me decidí a terminar todo esa noche cuando la abuela se fuera a la cama. Y así sucedió. Recogí toda mi ropa en un paquete -toda la ropa blanca que necesitabay con el paquete en la mano, más muerta que viva, subí a casa de nuestro inquilino. Creo que debí permanecer una hora en la escalera. Cuando abrí su puerta, gritó al mirarme. Pensó que era un fantasma y se apresuró a darme agua, pues apenas podía mantenerme en pie. Mi corazón latía tan violentamente que me dolía la cabeza, y no sabía lo que estaba haciendo. Cuando me recuperé, empecé por dejar mi paquete en su cama, me senté a su lado, escondí mi cara entre las manos y me puse a llorar a mares. Creo que él lo entendió todo de inmediato, y me miró con tanta tristeza que mi corazón se desgarró.

"'Escucha', empezó, 'escucha, Nastenka, no puedo hacer nada; soy un pobre hombre, pues no tengo nada, ni siquiera una litera decente. ¿Cómo podríamos vivir si me casara contigo?

"Hablamos mucho tiempo; pero al final me puse bastante frenético, dije que no podía seguir viviendo con la abuela, que debía huir de ella, que no quería estar prendido a ella, y que me iría a Moscú si él

quería, porque no podía vivir sin él. La vergüenza y el orgullo y el amor clamaban en mí a la vez, y caí en la cama casi en convulsiones, tenía tanto miedo de una negativa.

"Se sentó durante algunos minutos en silencio, luego se levantó, se acercó a mí y me tomó de la mano.

"'Escucha, mi querida y buena Nastenka, escucha; te juro que si alguna vez estoy en condiciones de casarme, tú harás mi felicidad. Te aseguro que ahora eres la única que podría hacerme feliz. Escucha, me voy a Moscú y estaré allí sólo un año; espero establecer mi posición. Cuando vuelva, si todavía me quieres, te juro que seremos felices. Ahora es imposible, no soy capaz, no tengo derecho a prometer nada. Pues bien, te repito que si no es dentro de un año, será sin duda algún tiempo; eso, claro está, si no prefieres a ningún otro, pues no puedo ni me atrevo a obligarte con ninguna clase de promesa".

"Eso fue lo que me dijo, y al día siguiente se marchó. Acordamos juntos no decir ni una palabra a la abuela: ése era su deseo. Bueno, mi historia está casi terminada. Sólo ha pasado un año. Ha llegado; ha estado aquí tres días, y, y

"¿Y qué?" grité, impaciente por oír el final.

"¡Y hasta ahora no se ha presentado!", respondió Nastenka, como si se armara de valor. "No hay señales ni sonidos de él".

Aquí se detuvo, hizo una pausa durante un minuto, agachó la cabeza y, cubriéndose la cara con las manos, rompió a sollozar de tal manera que me llegó una punzada al corazón al escucharlos. No había esperado en absoluto un desenlace semejante.

"Nastenka", comencé tímidamente con voz congraciada, "¡Nastenka! Por el amor de Dios, no llores. ¿Cómo lo sabes? Tal vez no esté aquí todavía...."

"Está, está", repitió Nastenka. "Está aquí, y lo sé. Nos pusimos de acuerdo en su momento, aquella noche, antes de que se fuera: cuando dijimos todo lo que te he contado, y nos habíamos puesto de acuerdo, entonces salimos aquí a pasear por este terraplén. Eran las diez; nos sentamos en este asiento. Yo no lloraba entonces; era dulce para mí escuchar lo que él decía.... Y me dijo que vendría a vernos en cuanto llegara, y que si no lo rechazaba, se lo contaríamos todo a la abuela. Ahora está aquí, lo sé, y sin embargo no viene".

Y de nuevo se echó a llorar.

"Dios mío, ¿no puedo hacer nada para ayudarte en tu dolor?" grité saltando del asiento con total desesperación. "Dime, Nastenka, ¿no sería posible que yo fuera a verlo?"

"¿Sería posible?", preguntó de repente, levantando la cabeza.

"No, claro que no", dije levantando la cabeza; "pero te diré algo, escribe una carta".

"No, eso es imposible, no puedo hacerlo", respondió con decisión, agachando la cabeza y sin mirarme.

"¿Cómo de imposible? ¿Por qué es imposible?" Continué, aferrándome a mi idea. "Pero, Nastenka, depende de qué tipo de carta; hay cartas y cartas y.... Ah, Nastenka, tengo razón; confía en mí, confía en mí, no te daré un mal consejo. Todo se puede arreglar. Ya diste el primer paso, ¿por qué no ahora?"

"No puedo. No puedo. Parecería como si me forzara sobre él...."

"Ah, mi buena Nastenka", dije, apenas pudiendo disimular una sonrisa; "no, no, tienes derecho, de hecho, porque él te hizo una promesa. Además, veo por todo que es un hombre de sentimientos delicados; que se comportó muy bien", proseguí, cada vez más llevado por la lógica de mis propios argumentos y convicciones. "¿Cómo se comportó? Se comprometió con una promesa: dijo que si se casaba no lo haría con nadie más que contigo; te dio plena libertad para rechazarlo en cualquier momento.... En tales circunstancias, puedes dar el primer paso; tienes el derecho; estás en una posición privilegiada; si, por ejemplo, quisieras liberarle de su promesa...."

"Escucha; ¿cómo escribirías?"

"¿Escribir qué?"

"Esta carta".

"Te digo cómo escribiría: 'Estimado señor'..."

"¿De verdad tengo que empezar así, 'Estimado señor'?"

"¡Claro que sí! Aunque, después de todo, no sé, me imagino...."

"Bueno, bueno, ¿y ahora qué?"

"'Estimado señor,-debo disculparme por...' Pero, no, no hay necesidad de disculparse; el hecho mismo lo justifica todo. Escriba simplemente:-

"'Le escribo a usted. Perdone mi impaciencia; pero he sido feliz durante todo un año en la esperanza; ¿tengo la culpa de ser incapaz de soportar un día de duda ahora? Ahora que has venido, tal vez

hayas cambiado de opinión. Si es así, esta carta es para decirte que no me arrepiento, ni te culpo. No te culpo porque no tengo poder sobre tu corazón, ¡así es mi destino!

'"Usted es un hombre honorable. No sonreirás ni te enfadarás por estas líneas impacientes. Recuerde que están escritas por una pobre muchacha; que está sola; que no tiene a nadie que la dirija, que no tiene a nadie que la aconseje, y que ella misma nunca podría controlar su corazón. Pero perdóneme que una duda haya robado - aunque sea por un instantea mi corazón. No eres capaz de insultar, ni siquiera con el pensamiento, a quien tanto te amó y tanto te ama".

"¡Sí, sí; eso es exactamente lo que estaba pensando!" exclamó Nastenka, y sus ojos brillaron de alegría. "Oh, has resuelto mis dificultades: ¡Dios te ha enviado a mí! Gracias, gracias".

"¿Para qué? ¿Por qué? ¿Para que Dios me envíe?" respondí, mirando encantado su carita alegre. "Pues sí, también por eso".

"¡Ah, Nastenka! Pues uno agradece a algunas personas por estar vivas al mismo tiempo que uno; ¡yo te agradezco a ti por haberme conocido, por poder recordarte toda mi vida!"

"¡Bueno, basta, basta! Pero ahora te digo una cosa, escucha: hicimos un acuerdo entonces de que en cuanto llegara me lo haría saber, dejando una carta a unas buenas personas sencillas de mi conocimiento que no saben nada de esto; o, si fuera imposible escribirme una carta, pues una carta no siempre lo dice todo, estaría aquí a las diez del día que llegara, donde habíamos quedado. Sé que ya ha llegado; pero ahora es el tercer día, y no hay rastro de él ni carta. Me es imposible alejarme de la abuela por la mañana.

Dale mañana mi carta a esas amables personas de las que te hablé: se la enviarán, y si hay respuesta se la llevas mañana a las diez".

"¡Pero la carta, la carta! Ya ves, ¡hay que escribir la carta primero! Así que tal vez todo debe ser pasado mañana".

"La carta..." dijo Nastenka, un poco confusa, "la carta... pero...."

Pero no terminó. Al principio apartó su carita de mí, sonrojada como una rosa, y de repente sentí en mi mano una carta que evidentemente había sido escrita mucho antes, toda lista y sellada. Una dulce y encantadora reminiscencia familiar flotó en mi mente.

"R, o-Ro; s, i-si; n, a-na", comencé.

"¡Rosina!", tarareamos los dos a la vez; yo casi la abrazaba con deleite, mientras ella se sonrojaba como sólo ella podía sonrojarse, y reía a través de las lágrimas que brillaban como perlas en sus negras pestañas.

"¡Vamos, basta, basta! Adiós", dijo hablando rápidamente. "Aquí está la carta, aquí está la dirección a la que debes llevarla. ¡Adiós, hasta que nos volvamos a ver! Hasta mañana".

Apretó mis dos manos cálidamente, asintió con la cabeza y voló como una flecha por su calle lateral. Me quedé quieto durante mucho tiempo siguiéndola con la mirada.

"¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana!" resonaba en mis oídos mientras ella desaparecía de mi vista.

04

Tercera noche

Empieza: «Hoy ha sido un día lúgubre y lluvioso, sin un rayo de sol, como la vejez que me espera. Me oprimen pensamientos...»

Hoy ha sido un día lúgubre y lluvioso, sin un rayo de sol, como la vejez que me espera. Me oprimen pensamientos tan extraños, sensaciones tan sombrías; se agolpan en mi cerebro cuestiones todavía tan oscuras para mí, y parece que no tengo ni poder ni voluntad para resolverlas. ¡No me corresponde a mí resolver todo esto!

Hoy no nos encontraremos. Ayer, cuando nos despedimos, las nubes empezaron a cubrir el cielo y se levantó una niebla. Dije que mañana sería un mal día; ella no contestó, no quería hablar en contra de sus deseos; para ella aquel día era luminoso y claro, ni una nube debía oscurecer su felicidad.

"Si llueve no nos veremos", dijo, "no vendré".

Pensé que no se daría cuenta de la lluvia de hoy, y sin embargo no ha venido.

Ayer fue nuestra tercera entrevista, nuestra tercera noche blanca....

Pero, ¡qué bien le sienta a uno la alegría y la felicidad! ¡Qué rebosante de amor está el corazón! Uno parece anhelar derramar todo su corazón; uno quiere que todo sea alegre, que todo sea risa.

¡Y qué contagiosa es esa alegría! Había tal suavidad en sus palabras, tal sentimiento de bondad en su corazón hacia mí ayer.... ¡Qué solícita y amistosa fue; con qué ternura trató de infundirme valor! ¡Oh, la coquetería de la felicidad! Mientras yo... lo tomé todo por lo genuino, pensé que ella....

Pero, Dios mío, ¿cómo pude pensarlo? ¿Cómo pude estar tan ciego, cuando todo lo había tomado ya otro, cuando nada era mío; cuando, en realidad, su misma ternura hacia mí, su ansiedad, su amor... sí, su amor por mí, no era otra cosa que alegría ante la idea de ver a otro hombre tan pronto, deseo de incluirme también a mí en su felicidad? Cuando él no vino, cuando esperamos en vano, ella frunció el ceño, se volvió tímida y desanimada. Sus movimientos, sus palabras, ya no eran tan ligeras, tan juguetonas, tan alegres; y, por extraño que parezca, redobló su atención hacia mí, como si deseara instintivamente prodigarme lo que deseaba para sí misma tan ansiosamente, si sus deseos no se cumplían. Mi Nastenka estaba tan abatida, tan consternada, que creo que por fin se dio cuenta de que yo la amaba, y se apenó por mi pobre amor. Así, cuando somos infelices, sentimos más la infelicidad de los demás; el sentimiento no se destruye, sino que se concentra....

Fui a su encuentro con el corazón lleno, y era todo impaciencia. No tenía el presentimiento de que me sintiera como ahora, de que no todo terminaría felizmente. Ella estaba radiante de placer; esperaba una respuesta. La respuesta era él mismo. Tenía que venir, correr a su llamada. Llegó una hora entera antes que yo. Al principio se reía de todo, se reía de cada palabra que yo decía. Empecé a hablar, pero recayó en el silencio.

"¿Sabes por qué estoy tan contenta", dijo ella, "tan contenta de verte... por qué me gustas tanto hoy?"

"¿Y bien?" pregunté, y mi corazón empezó a palpitar.

"Me gustas porque no te has enamorado de mí. Sabes que algunos hombres en tu lugar me habrían molestado y preocupado, habrían suspirado y se habrían sentido miserables, ¡mientras que tú eres tan agradable!"

Entonces me retorció la mano con tanta fuerza que casi grité. Se rió.

"¡Dios mío, qué amigo eres!", empezó a decir con gravedad un minuto después. "Dios te envió a mí. ¿Qué habría sido de mí si no hubieras estado conmigo ahora? ¡Qué desinteresado eres! ¡Cuánto te preocupas por mí! Cuando me case seremos grandes amigos, más que hermano y hermana; me importará casi tanto como él...."

En aquel momento me sentí terriblemente triste, pero algo parecido a la risa se agitaba en mi alma.

"Estás muy alterada", le dije; "estás asustada; crees que no vendrá".

"¡Oh, querida!", respondió ella; "si fuera menos feliz, creo que lloraría por tu falta de fe, por tus reproches. Sin embargo, me has hecho pensar y me has dado mucho que pensar; pero ya pensaré más tarde, y ahora reconoceré que tienes razón. Sí, en cierto modo no soy yo mismo; soy todo suspenso, y siento todo como si fuera demasiado ligero. Pero ¡silencio! ya está bien de sentimientos...."

En ese momento oímos pasos, y en la oscuridad vimos una figura que se acercaba a nosotros. Ambos nos sobresaltamos; ella casi

gritó; yo solté su mano e hice un movimiento como para alejarme. Pero nos equivocamos, no era él.

"¿De qué tienes miedo? ¿Por qué me has soltado la mano?", dijo ella, dándomela de nuevo. "Vamos, ¿qué pasa? Nos reuniremos con él; quiero que vea el cariño que nos tenemos".

"¡Cómo nos queremos!" grité. ("¡Oh, Nastenka, Nastenka -pensé-, cuánto me has dicho en ese dicho! Ese cariño, en ciertos momentos, enfría el corazón y pesa el alma. Tu mano está fría, la mía arde como el fuego. Qué ciega estás, Nastenka!... ¡Oh, qué insoportable es a veces una persona feliz! Pero no podría enfadarme contigo").

Al final mi corazón estaba demasiado lleno.

"¡Escucha, Nastenka!" grité. "¿Sabes cómo me ha ido todo el día?".

"¿Por qué, cómo, cómo? ¡Dímelo rápido! ¿Por qué no has dicho nada en todo este tiempo?"

"Para empezar, Nastenka, cuando he cumplido todos tus encargos, he dado la carta, he ido a ver a tus buenos amigos, luego... luego he ido a casa y me he acostado".

"¿Eso es todo?", interrumpió ella, riendo.

"Sí, casi todo", respondí conteniéndome, pues ya empezaban a asomar lágrimas tontas en mis ojos. "Me desperté una hora antes de nuestra cita, y sin embargo, como si no hubiera estado dormida. No sé qué me pasó. Vine a contártelo todo, sintiendo como si el tiempo se detuviera, sintiendo como si una sensación, un sentimiento debiera permanecer conmigo desde ese momento para siempre; sintiendo como si un minuto debiera durar toda la

eternidad, y como si toda la vida se hubiera detenido para mí.... Cuando me desperté, me pareció que algún motivo musical que me era familiar desde hacía mucho tiempo, escuchado en algún lugar del pasado, olvidado y voluptuosamente dulce, había vuelto a mí ahora. Me pareció que había estado clamando en mi corazón toda mi vida, y sólo ahora...."

"Oh, Dios mío, Dios mío", interrumpió Nastenka, "¿qué significa todo eso? No entiendo nada".

"Ah, Nastenka, quería transmitirte de alguna manera esa extraña impresión...." Comencé con una voz lastimera, en la que aún se escondía una esperanza, aunque muy tenue.

"Déjalo. Calla", dijo ella, y en un instante la astuta gata lo había adivinado.

De repente se volvió extraordinariamente habladora, alegre, traviesa; me tomó del brazo, se rió, quiso que yo también me riera, y cada palabra confusa que yo pronunciaba evocaba de ella una prolongada carcajada sonora.... Empecé a enfadarme, había empezado a coquetear de repente.

"¿Sabes -comenzóque me siento un poco molesto de que no estés enamorado de mí? No se entiende la naturaleza humana. Pero de todos modos, señor inabordable, no puede culparme por ser tan simple; le digo todo, todo, cualquier pensamiento tonto que se me ocurra."

"¡Escucha! Son las once, creo", dije mientras sonaba el lento tañido de una campana en una torre lejana. Ella se detuvo de repente, dejó de reír y comenzó a contar.

"Sí, son las once", dijo al fin con voz tímida e insegura.

Me arrepentí enseguida de haberla asustado, haciéndola contar los golpes, y me maldije por mi impulso rencoroso; me daba pena y no sabía cómo expiar lo que había hecho.

Empecé a consolarla, buscando razones para que no viniera, esgrimiendo diversos argumentos, pruebas. Nadie podía ser más fácil de engañar que ella en aquel momento; y, en efecto, cualquier persona en un momento así escucha con gusto cualquier consuelo, sea el que sea, y se alegra mucho si se puede encontrar una sombra de excusa.

"Y, en efecto, es una cosa absurda -comencé, poniéndome a tono con mi tarea y admirando la extraordinaria claridad de mi argumento-; porque, él no ha podido venir; me has embrollado y confundido, Nastenka, de modo que yo también he perdido la cuenta del tiempo.... Sólo piensa: difícilmente puede haber recibido la carta; supón que no puede venir, supón que va a contestar la carta, no podría venir antes de mañana. Iré a por ella en cuanto amanezca mañana y te lo haré saber enseguida. Piensa que hay miles de posibilidades; tal vez no estaba en casa cuando llegó la carta, y puede que no la haya leído ni siquiera ahora. Puede pasar cualquier cosa, ya sabes".

"¡Sí, sí!", dijo Nastenka. "No había pensado en eso. Claro que puede pasar cualquier cosa...", continuó en un tono que no ofrecía ninguna oposición, aunque en él se oía algún otro pensamiento lejano como una molesta discordia. "Te digo lo que debes hacer", dijo, "ve lo más temprano posible mañana por la mañana, y si consigues algo házmelo saber de inmediato. Sabes dónde vivo, ¿verdad?".

Y empezó a repetirme su dirección.

Entonces se volvió de repente tan tierna, tan solícita conmigo. Parecía escuchar atentamente lo que le decía; pero cuando le hacía alguna pregunta se quedaba callada, confundida, y volvía la cabeza hacia otro lado. La miré a los ojos: sí, estaba llorando.

"¿Cómo puedes? ¿Cómo puedes? ¡Oh, qué bebé eres! ¡Qué infantilismo! Ven, ven".

Trató de sonreír, de calmarse, pero su barbilla temblaba y su pecho seguía agitado.

"Estaba pensando en ti", dijo después de un minuto de silencio. "Eres tan amable que sería una piedra si no lo sintiera. ¿Sabes lo que se me ha ocurrido ahora? Os estaba comparando a los dos. ¿Por qué él no es tú? ¿Por qué no es como tú? No es tan bueno como tú, aunque le quiero más que a ti".

No respondí. Parecía esperar que dijera algo.

"Por supuesto, puede ser que aún no lo entienda del todo. Sabes que siempre le tuve miedo; siempre fue tan serio, tan orgulloso. Claro que sé que es sólo que parece así, sé que hay más ternura en su corazón que en el mío.... Recuerdo cómo me miró cuando entré en él -¿te acuerdas?- con mi fardo; pero, sin embargo, le respeto demasiado, ¿y no demuestra eso que no somos iguales?"

"No, Nastenka, no", respondí, "demuestra que le quieres más que a nada en el mundo, y mucho más que a ti misma".

"Sí, suponiendo que sea así", respondió Nastenka ingenuamente. "¿Pero sabes lo que me llama la atención ahora? Sólo que ahora no hablo de él, sino que hablo en general; todo esto me vino a la mente

hace algún tiempo. Dime, ¿cómo es que no podemos ser todos juntos como hermanos? ¿Por qué incluso los mejores hombres parecen ocultar siempre algo a los demás y guardarse algo? ¿Por qué no se dice directamente lo que hay en el corazón, cuando se sabe que no se habla en vano? Así, cada uno parece más duro de lo que realmente es, como si todos tuvieran miedo de ser injustos con sus sentimientos, por ser demasiado rápidos en expresarlos."

"Oh, Nastenka, lo que dices es cierto; pero hay muchas razones para ello", interrumpí reprimiendo mis propios sentimientos en ese momento más que nunca.

"¡No, no!", respondió ella con profundo sentimiento. "¡Aquí tú, por ejemplo, no eres como los demás! Realmente no sé cómo decirte lo que siento; pero me parece que tú, por ejemplo... en este momento... me parece que estás sacrificando algo por mí", añadió tímidamente, con una mirada fugaz hacia mí. "Perdona que te lo diga, soy una chica sencilla, ya sabes. He visto muy poco de la vida, y realmente a veces no sé cómo decir las cosas -añadió con una voz que temblaba con algún sentimiento oculto, mientras trataba de sonreír-; pero sólo quería decirte que estoy agradecida, que lo siento todo demasiado.... ¡Oh, que Dios te dé felicidad por ello! Lo que me contaste sobre tu soñador no es cierto ahora, es decir, no es cierto en tu caso. Te estás recuperando, eres un hombre bastante diferente de lo que describiste. Si alguna vez te enamoras de alguien, ¡que Dios te dé felicidad con ella! No le desearé nada a ella, pues será feliz contigo. Lo sé, yo mismo soy una mujer, así que debes creerme cuando te lo digo".

Dejó de hablar y me apretó la mano con cariño. Yo tampoco podía hablar sin emoción. Pasaron algunos minutos.

"Sí, está claro que no vendrá esta noche", dijo al fin levantando la cabeza. "Es tarde".

"Vendrá mañana", dije en el tono más firme y convincente.

"Sí", añadió ella sin mostrar ningún signo de su anterior depresión. "Ahora veo por mí misma que no podrá venir hasta mañana. Bueno, adiós, hasta mañana. Si llueve, tal vez no venga. Pero pasado mañana vendré. Vendré con toda seguridad, pase lo que pase; asegúrate de estar aquí, quiero verte, te lo contaré todo".

Y luego, cuando nos separamos, me dio la mano y dijo, mirándome con franqueza: "Siempre estaremos juntos, ¿no?"

¡Oh, Nastenka, Nastenka! ¡Si supieras lo solo que me siento ahora!

En cuanto dieron las nueve, no pude quedarme en casa, me puse mis cosas y salí a pesar del tiempo. Estaba allí, sentada en nuestro asiento. Fui a su calle, pero me sentí avergonzada, y me volví sin mirar sus ventanas, cuando estaba a dos pasos de su puerta. Volví a casa más deprimida que nunca. ¡Qué día tan húmedo y triste! Si hubiera estado bien, habría paseado toda la noche....

Pero mañana, mañana. Mañana me lo contará todo. Sin embargo, la carta no ha llegado hoy. Pero eso era de esperar. Ya están juntos....

05

Cuarta noche

Empieza: «¡Dios mío, cómo ha terminado todo! ¡En qué ha terminado todo! Llegué a las nueve. Ella ya estaba allí. Me di cuenta...»

¡Dios mío, cómo ha terminado todo! ¡En qué ha terminado todo! Llegué a las nueve. Ella ya estaba allí. Me di cuenta de que estaba muy lejos; estaba de pie como la primera vez, con los codos apoyados en la barandilla, y no me oyó llegar hasta ella.

"¡Nastenka!" la llamé, reprimiendo con esfuerzo mi agitación.

Ella se volvió rápidamente hacia mí.

"¿Y bien?", dijo. "¿Y bien? Date prisa".

La miré con perplejidad.

"Bueno, ¿dónde está la carta? ¿Has traído la carta?", repitió agarrándose a la barandilla.

"No, no hay carta", dije al fin. "¿No ha ido a verte todavía?". Se puso terriblemente pálida y me miró durante mucho tiempo sin moverse. Había destruido su última esperanza.

"Bueno, que Dios esté con él", dijo al fin con voz quebrada; "que Dios esté con él si me deja así".

Bajó los ojos, luego trató de mirarme y no pudo. Durante varios minutos estuvo luchando con su emoción. De repente se apartó, apoyó los codos en la barandilla y rompió a llorar.

"¡Oh, no, no!" Empecé, pero al mirarla no tuve valor para seguir, y ¿qué iba a decirle?

"No intentes consolarme -dijo ella-; no hables de él; no me digas que vendrá, que no me ha desechado tan cruel e inhumanamente como lo ha hecho. ¿Para qué... para qué? ¿Puede haber algo en mi carta, en esa carta desafortunada?"

En ese momento los sollozos ahogaron su voz; mi corazón se desgarró al mirarla.

"¡Oh, qué inhumanamente cruel es!", comenzó de nuevo. "¡Y ni una línea, ni una línea! Al menos podría haber escrito que no me quiere, que me rechaza, pero ¡ni una línea en tres días! ¡Qué fácil es para él herir, insultar a una pobre e indefensa muchacha, cuya única culpa es que le ama! ¡Oh, lo que he sufrido durante estos tres días! ¡Ah, querida! ¡Cuando pienso que fui la primera en acudir a él, que me humillé ante él, que lloré, que le supliqué un poco de amor!... ¡y después! Escucha -dijo, volviéndose hacia mí, y sus ojos negros relampaguearon-, ¡no es así! No puede ser así; no es natural. O te equivocas tú o me equivoco yo; ¿acaso no ha recibido la carta? ¿Tal vez no sabe nada de ella? ¿Cómo podría alguien -juzgue usted, dígame, por el amor de Diosexplicármelo, no puedo entenderlo; cómo podría alguien comportarse con una grosería tan bárbara como se ha comportado conmigo? ¡Ni una palabra! Por qué, la criatura más baja de la tierra es tratada con más compasión. Tal vez haya oído algo, tal vez alguien le haya dicho algo sobre mí", gritó, volviéndose hacia mí inquisitivamente: "¿Qué opinas?"

"Escucha, Nastenka, mañana iré a verle en tu nombre".

"¿Sí?"

"Le interrogaré sobre todo; le contaré todo".

"¿Sí, sí?"

"Escribe una carta. No digas que no, Nastenka, no digas que no. Le haré respetar tu acción, se enterará de todo, y si..."

"No, amigo mío, no", interrumpió ella. "¡Suficiente! Ni una palabra más, ni una línea más de mí, ¡basta! No le conozco; ya no le quiero. Voy a... olvidarlo".

No pudo continuar.

"¡Cálmate, cálmate! Siéntate aquí, Nastenka", le dije, haciéndola sentar en el asiento.

"Estoy tranquila. No te preocupes. No es nada. Son sólo lágrimas, pronto se secarán. ¿Por qué, te imaginas que me voy a eliminar, que me voy a tirar al río?"

Mi corazón estaba lleno: Intenté hablar, pero no pude.

"Escucha", dijo ella tomando mi mano. "Dime: tú no te habrías comportado así, ¿verdad? ¿No habrías abandonado a una chica que había acudido a ti por sí misma, no le habrías lanzado a la cara una burla desvergonzada a su débil y tonto corazón? ¿Te habrías ocupado de ella? Te habrías dado cuenta de que estaba sola, de que no sabía cuidar de sí misma, de que no podía guardarse de amarte, de que no era su culpa, de que no había hecho nada.... Oh, querido, oh, querido!"

"¡Nastenka!" grité por fin, incapaz de controlar mi emoción. "¡Nastenka, me torturas! ¡Me hieres el corazón, me estás matando, Nastenka! ¡No puedo callar! Debo hablar por fin, dar voz a lo que surge en mi corazón".

Al decir esto me levanté del asiento. Ella me cogió la mano y me miró sorprendida.

"¿Qué te pasa?", dijo por fin.

"Escúchame", dije con decisión. "Escúchame, Nastenka. Lo que voy a decirte ahora es una tontería, un imposible, una estupidez. Sé que esto no puede ser, pero no puedo callar. Por lo que estás sufriendo ahora, te ruego de antemano que me perdones".

"¿Qué es? ¿Qué es?", dijo ella secándose las lágrimas y mirándome atentamente, mientras una extraña curiosidad brillaba en sus ojos asombrados. "¿Qué pasa?"

"¡Es imposible, pero te quiero, Nastenka! ¡Ahí está! Ahora todo está dicho", dije con un gesto de la mano. "Ahora verás si puedes seguir hablándome como lo hiciste hace un momento, si puedes escuchar lo que te voy a decir"...

"Bueno, ¿entonces qué?" Me interrumpió Nastenka. "¿Y qué? Sabía que me querías hace tiempo, sólo que siempre pensé que simplemente te gustaba mucho.... Oh, querido, oh, querido!"

"Al principio era simplemente gusto, Nastenka, pero ahora, ¡ahora! Estoy en la misma situación que tú cuando fuiste a él con tu fardo. En una posición peor que la tuya, Nastenka, porque a él no le importaba nadie más que tú".

"¡Qué me estás diciendo! No te entiendo en absoluto. Pero dime, para qué es esto; no quiero decir para qué, sino por qué estás... tan de repente.... Oh, querida, ¡estoy diciendo tonterías! Pero tú...."

Y Nastenka se interrumpió confundida. Sus mejillas se encendieron y bajó los ojos.

"¿Qué hay que hacer, Nastenka, qué tengo que hacer? La culpa es mía. He abusado de tu.... Pero no, no, yo no tengo la culpa, Nastenka; lo siento, lo sé, porque mi corazón me dice que tengo razón, porque no puedo herirte de ninguna manera, no puedo herirte. Fui tu amiga, pero sigo siendo tu amiga, no he traicionado ninguna confianza. Aquí caen mis lágrimas, Nastenka. Deja que fluyan, deja que fluyan; no hacen daño a nadie. Se secarán, Nastenka".

"Siéntate, siéntate", dijo ella, haciéndome sentar en el asiento. "¡Oh, Dios mío!"

"No, Nastenka, no me sentaré; no puedo quedarme aquí más tiempo, no puedes volver a verme; te lo contaré todo y me iré. Sólo quiero decirte que nunca hubieras descubierto que te amaba. Debería haber guardado mi secreto. No te habría preocupado en ese momento con mi egoísmo. ¡No! Pero no pude resistirlo ahora; tú mismo lo dijiste, es tu culpa, tu culpa y no la mía. No puedes alejarme de ti"...

"¡No, no, yo no te alejo, no!", dijo Nastenka, disimulando como podía su confusión, pobre niña.

"¿No me alejas? ¡No! Pero yo misma quería huir de ti. Me iré, pero antes te lo contaré todo, porque cuando llorabas aquí no podía quedarme impasible, cuando llorabas, cuando te torturabas por

estar -por estar-, hablaré de ello, Nastenka, por estar abandonada, por tu amor rechazado, sentía que en mi corazón había tanto amor por ti, Nastenka, ¡tanto amor! Y me parecía tan amargo no poder ayudarte con mi amor, que mi corazón se rompía y yo... No podía callar, tenía que hablar, Nastenka, tenía que hablar!"

"¡Sí, sí! cuéntame, háblame", dijo Nastenka con un gesto indescriptible. "Quizá te parezca extraño que te hable así, pero... ¡habla! ¡Después te lo contaré! Te lo contaré todo".

"¡Lo sientes por mí, Nastenka, simplemente lo sientes por mí, mi querida amiguita! Lo que se hace no puede ser reparado. Lo que se dice no se puede retirar. ¿No es así? Bueno, ahora lo sabes. Ese es el punto de partida. Muy bien. Ahora está bien, sólo escucha. Cuando estabas sentada llorando pensé (¡oh, déjame decirte lo que estaba pensando!), pensé, que (por supuesto no puede ser, Nastenka), pensé que tú... Pensé que usted, de alguna manera... aparte de mí, había dejado de amarlo. Entonces... pensé que ayer y anteayer, Nastenka... entonces yo... ciertamente habría conseguido que me amaras; ya sabes, tú misma dijiste, Nastenka, que casi me amabas. Bueno, ¿y ahora qué? Bueno, eso es casi todo lo que quería decirte; lo único que queda por decir es cómo sería si me amaras, sólo eso, ¡nada más! Escucha, amigo mío -pues de cualquier manera eres mi amigo-, soy, por supuesto, un pobre y humilde hombre, sin mayor importancia; pero no se trata de eso (parece que no soy capaz de decir lo que quiero decir, Nastenka, estoy tan confuso), sólo que te amaría, te amaría tanto, que aunque siguieras amándolo, aunque siguieras amando al hombre que no conozco, nunca sentirías que mi amor fuera una carga para ti. Sólo sentirías cada minuto que a tu lado latía un corazón agradecido, agradecido, un corazón cálido

dispuesto a tu amor.... ¡Oh Nastenka, Nastenka! ¿Qué me has hecho?"

"No llores; no quiero que llores", dijo Nastenka levantándose rápidamente del asiento. "Vamos, levántate, ven conmigo, no llores, no llores", dijo ella, secándose las lágrimas con el pañuelo; "vayamos ahora; tal vez te diga algo.... Si me ha abandonado ahora, si me ha olvidado, aunque todavía le quiero (no quiero engañarte)... pero escucha, respóndeme. Si te amara, por ejemplo, es decir, si sólo.... ¡Oh, amigo mío, amigo mío! Pensar, pensar cómo te herí, cuando me reí de tu amor, cuando te alabé por no enamorarte de mí. ¡Oh, querido! ¿Cómo es que no previ esto, cómo es que no previ esto, cómo pude ser tan estúpido? Pero.... Bueno, ya me he decidido, te lo diré".

"Mira, Nastenka, ¿sabes qué? Me iré, eso es lo que haré. Simplemente te estoy atormentando. Aquí estás arrepentida por haberte reído de mí, y no te tendré... además de tu pena.... Por supuesto que es mi culpa, Nastenka, pero ¡adiós!"

"Quédate, escúchame: ¿puedes esperar?"

"¿Para qué? ¿Cómo?"

"Le quiero; pero lo superaré, debo superarlo, no puedo dejar de superarlo; lo estoy superando, siento que.... ¿Quién sabe? Tal vez todo termine hoy, porque le odio, porque se ha reído de mí, mientras tú has llorado aquí conmigo, porque no me has repelido como él, porque me amas mientras él nunca me ha amado, porque de hecho, yo también te amo.... Sí, te amo. Te amo como tú me amas a mí; te lo he dicho antes, tú misma lo has oído: te amo porque eres mejor que él, porque eres más noble que él, porque, porque él..."

La emoción de la pobre muchacha era tan violenta que no pudo decir más; apoyó su cabeza en mi hombro, luego en mi pecho, y lloró amargamente. La consolé, la persuadí, pero no podía dejar de llorar; seguía apretando mi mano, y diciendo entre sus sollozos: "¡Espera, espera, todo terminará en un minuto! Quiero decirte... no debes pensar que estas lágrimas... no es nada, es debilidad, espera a que se acabe"... Por fin dejó de llorar, se secó los ojos y volvimos a caminar. Yo quería hablar, pero ella seguía rogándome que esperara. Estábamos en silencio.... Por fin se armó de valor y empezó a hablar.

"Es así -comenzó con una voz débil y temblorosa, en la que, sin embargo, había una nota que atravesó mi corazón con una dulce punzada-; no creas que soy tan ligera e inconstante, no creas que puedo olvidar y cambiar tan rápidamente. Le he amado durante todo un año, y juro por Dios que nunca, ni siquiera en pensamiento, le he sido infiel.... Me ha despreciado, se ha reído de mí; ¡que Dios le perdone! Pero me ha insultado y ha herido mi corazón. I ... No le quiero, pues sólo puedo amar a lo que es magnánimo, a lo que me comprende, a lo que es generoso; pues yo misma soy así y él no es digno de mí; pues ya está bien de él. Lo ha hecho mejor que si hubiera engañado mis expectativas más tarde, y me hubiera mostrado después lo que era.... Bueno, ¡se acabó! Pero, ¿quién sabe, mi querido amigo -continuó apretando mi mano-, quién sabe, tal vez todo mi amor fue un sentimiento equivocado, un engaño; tal vez empezó en la picardía, en la tontería, porque fui mantenida tan estrictamente por la abuela? Tal vez debería amar a otro hombre, no a él, a un hombre diferente, que se apiadara de mí y... y.... Pero no hablemos más de eso -interrumpió Nastenka, sin aliento por la emoción-, sólo quería decirte... Quería decirte que si,

aunque lo amo (no, lo amaba), si, a pesar de ello, sigues diciendo.... Si sientes que tu amor es tan grande que puede por fin expulsar de mi corazón mi viejo sentimiento-si te apiadas de mí-si no quieres dejarme sola a mi suerte, sin esperanza, sin consuelo-si estás dispuesta a amarme siempre como ahora-te juro que la gratitud... que mi amor será por fin digno de tu amor.... ¿Tomarás mi mano?"

"¡Nastenka!" Grité sin aliento por los sollozos. "¡Nastenka, oh Nastenka!"

"¡Basta, basta! Bueno, ya es suficiente", dijo ella, apenas capaz de controlarse. "¡Bueno, ya está todo dicho, no es así! ¿No es así? Tú eres feliz, yo también soy feliz. Ni una palabra más, espera; ahórrate... habla de otra cosa, por Dios".

"¡Sí, Nastenka, sí! Basta con eso, ahora soy feliz. Yo... Sí, Nastenka, sí, hablemos de otras cosas, apresurémonos a hablar. ¡Sí! Estoy lista".

Y no sabíamos qué decir: reíamos, llorábamos, decíamos miles de cosas sin sentido e incoherentes; en un momento caminábamos por la acera, y de repente dábamos media vuelta y cruzábamos la calle; luego nos deteníamos y volvíamos de nuevo al terraplén; éramos como niños.

"Ahora vivo solo, Nastenka", comencé, "¡pero mañana! Claro que sabes, Nastenka, que soy pobre, sólo tengo mil doscientos rublos, pero eso no importa".

"Claro que no, y la abuela tiene su pensión, así que no será una carga. Debemos llevar a la abuela".

"Por supuesto que debemos llevar a la abuela. Pero está Matrona".

"¡Sí, y también tenemos a Fyokla!"

"Matrona es una buena mujer, pero tiene un defecto: no tiene imaginación, Nastenka, absolutamente ninguna; pero eso no importa".

"Está bien; pueden vivir juntas; sólo que mañana debes mudarte con nosotros".

"¿A ustedes? ¿Cómo es eso? Está bien, estoy listo".

"Sí, alquila una habitación con nosotros. Tenemos un piso superior, está vacío. Teníamos una anciana alojada allí, pero se ha ido; y sé que a la abuela le gustaría tener un hombre joven. Le dije: "¿Por qué un joven?". Y ella respondió: 'Oh, porque soy vieja; pero no te imagines, Nastenka, que lo quiero como marido para ti'. Así que supuse que era con esa idea".

"¡Oh, Nastenka!"

Y los dos nos reímos.

"Venga, ya está bien, ya está bien. Pero, ¿dónde vives? Lo he olvidado".

"Por ahí, cerca del puente X, en los edificios de Barannikov".

"¿Es esa casa grande?"

"Sí, esa casa grande".

"Oh, lo sé, una bonita casa; sólo que sabes que es mejor que la dejes y vengas con nosotros lo antes posible".

"Mañana, Nastenka, mañana; debo un poco por mi alquiler allí, pero eso no importa. Pronto tendré mi sueldo".

"Y sabes que tal vez daré clases; aprenderé algo yo misma y luego daré clases".

"¡Capital! Y pronto tendré una bonificación".

"Así que mañana serás mi inquilino".

"E iremos a ver El Barbero de Sevilla, pues pronto lo van a dar de nuevo".

"Sí, iremos", dijo Nastenka, "pero mejor ver otra cosa y no El Barbero de Sevilla".

"Muy bien, otra cosa. Por supuesto que será mejor, no pensé..."

Mientras hablábamos así, caminábamos en una especie de delirio, una especie de embriaguez, como si no supiéramos lo que nos estaba pasando. En un momento nos detuvimos y hablamos largo rato en el mismo lugar; luego volvimos a seguir, y Dios sabe adónde fuimos; y otra vez lágrimas y otra vez risas. De repente, Nastenka quería ir a casa, y yo no me atrevía a detenerla, sino que quería acompañarla a la casa; nos poníamos en marcha, y en un cuarto de hora nos encontrábamos en el terraplén junto a nuestro asiento. Entonces ella suspiraba, y las lágrimas volvían a asomar a sus ojos; yo me enfriaba de consternación.... Pero ella me apretaba la mano y me obligaba a caminar, a hablar, a charlar como antes.

"Ya es hora de que vuelva a casa; creo que debe ser muy tarde", dijo por fin Nastenka. "Debemos dejar de ser infantiles".

"Sí, Nastenka, sólo que esta noche no voy a dormir; no voy a ir a casa".

"Yo tampoco creo que vaya a dormir; sólo acompáñame a casa".

"¡Yo creo que sí!"

"Sólo que esta vez sí debemos llegar a la casa".

"Debemos, debemos".

"¿Honor brillante? Porque sabes que uno debe ir a casa alguna vez".

"El honor es brillante", respondí riendo.

"Bueno, ¡vamos!"

"¡Venga! Mira el cielo, Nastenka. ¡Mira! Mañana será un día precioso; ¡qué cielo tan azul, qué luna! Mira; esa nube amarilla lo está cubriendo ahora, ¡mira, mira! No, ya ha pasado. Mira, mira".

Pero Nastenka no miró la nube; se quedó muda como si estuviera convertida en piedra; un minuto después se acurrucó tímidamente cerca de mí. Su mano temblaba en la mía; la miré. Ella se apretó aún más contra mí.

En ese momento pasó junto a nosotros un joven. Se detuvo de repente, nos miró atentamente y volvió a dar unos pasos. Mi corazón empezó a palpitar.

"¿Quién es, Nastenka?" dije en voz baja.

"Es él", respondió ella en un susurro, acurrucándose junto a mí, aún más estrechamente, aún más temblorosamente.... Apenas podía mantenerme en pie.

"¡Nastenka, Nastenka! Eres tú!" Oí una voz detrás de nosotros y en el mismo momento el joven dio varios pasos hacia nosotros.

Dios mío, ¡cómo gritó! ¡Cómo se puso en marcha! ¡Cómo se arrancó de mis brazos y corrió a su encuentro! Me quedé mirándolos,

totalmente abatido. Pero apenas le había dado la mano, apenas se había arrojado a sus brazos, cuando se volvió hacia mí, estaba de nuevo a mi lado en un instante, y antes de que yo supiera dónde estaba me echó los dos brazos al cuello y me dio un cálido y tierno beso. Luego, sin decirme una palabra, se precipitó de nuevo hacia él, le cogió de la mano y lo atrajo tras ella.

Me quedé mucho tiempo mirando tras ellos. Por fin los dos desaparecieron de mi vista.

06

Mañana

Empieza: «Mi noche terminó con la mañana. Era un día húmedo. La lluvia caía y golpeaba desconsoladamente el cristal de mi ventana; la...»

Mi noche terminó con la mañana. Era un día húmedo. La lluvia caía y golpeaba desconsoladamente el cristal de mi ventana; la habitación estaba oscura y el exterior gris. Me dolía la cabeza y estaba mareado; la fiebre se apoderaba de mis miembros.

"Hay una carta para usted, señor; la ha traído el cartero", dijo Matrona inclinándose sobre mí.

"¿Una carta? ¿De quién?" grité saltando de mi silla.

"No lo sé, señor, mejor mire; tal vez esté escrito allí de quién es".

Rompí el sello. ¡Era de ella!

* * * * *

"¡Oh, perdóname, perdóname! Te ruego de rodillas que me perdones. Te engañé a ti y a mí misma. Fue un sueño, un espejismo .... Hoy me duele el corazón por ti; ¡perdóname, perdóname!

"No me culpes, pues no he cambiado para ti en lo más mínimo. Te dije que te amaría, ahora te amo, más que amarte. ¡Oh, Dios mío! ¡Si pudiera amaros a los dos a la vez! Oh, si sólo fueras él".

["Oh, si sólo fueras tú", resonó en mi mente. Recordé tus palabras, Nastenka].

"¡Dios sabe lo que haría por ti ahora! Sé que estás triste y abatido. Te he herido, pero ya sabes que cuando una ama el mal se olvida pronto. Y tú me amas.

"¡Gracias, sí, gracias por ese amor! Porque vivirá en mi memoria como un dulce sueño que perdura mucho tiempo después de despertar; porque recordaré para siempre ese instante en que me abriste tu corazón como un hermano y aceptaste tan generosamente el regalo de mi corazón destrozado para cuidarlo, cuidarlo y curarlo.... Si me perdonas, tu recuerdo será exaltado por un sentimiento de gratitud eterna que nunca se borrará de mi alma.... Atesoraré ese recuerdo: Seré fiel a él, no lo traicionaré, no traicionaré mi corazón: es demasiado constante. Ayer volvió tan rápido a quien siempre le ha pertenecido.

"Nos encontraremos, vendrás a nosotros, no nos dejarás, serás para siempre un amigo, un hermano para mí. Y cuando me veas me darás tu mano... ¿sí? Me la darás, me has perdonado, ¿verdad? ¿Me quieres como antes?

"¡Oh, ámame, no me abandones, porque te quiero tanto en este momento, porque soy digna de tu amor, porque lo mereceré... querida! La próxima semana me casaré con él. Ha vuelto enamorado, nunca me ha olvidado. No te enfadarás si escribo sobre él. Pero quiero ir a verte con él; te gustará, ¿verdad?

"Perdóname, recuerda y ama a tu

"Nastenka".

* * * * *

Leí aquella carta una y otra vez durante mucho tiempo; las lágrimas afloraron a mis ojos. Por fin se me cayó de las manos y oculté mi rostro.

"¡Cariño! Digo, querida...", comenzó diciendo Matrona.

"¿Qué pasa, Matrona?"

"He quitado todas las telarañas del techo; puedes celebrar una boda o dar una fiesta".

Miré a Matrona. Seguía siendo una anciana joven y cordial, pero no sé por qué de repente me la imaginé con los ojos sin brillo, la cara arrugada, encorvada, decrépita.... No sé por qué de repente me imaginé mi habitación envejecida como Matrona. Las paredes y los suelos parecían descoloridos, todo parecía sucio; las telas de araña eran más gruesas que nunca. No sé por qué, pero cuando miré por la ventana me pareció que la casa de enfrente también había envejecido y se había ensuciado, que el estuco de las columnas se estaba desprendiendo y desmoronando, que las cornisas estaban agrietadas y ennegrecidas, y que las paredes, de un vivo amarillo intenso, estaban manchadas.

O bien los rayos de sol que por un momento se asomaban entre las nubes volvían a ocultarse tras un velo de lluvia, y todo se había vuelto a ensuciar ante mis ojos; o tal vez todo el panorama de mi futuro se presentaba ante mí tan triste y prohibitivo, y me veía tal y como era ahora, dentro de quince años, más viejo, en la misma habitación, igual de solitario, con la misma Matrona no más inteligente durante esos quince años.

Pero, ¡imaginar que te guardo rencor, Nastenka! Que arroje una nube oscura sobre tu felicidad serena y sin problemas; que con mis amargos reproches provoque angustia en tu corazón, que lo envenene con secretos remordimientos y lo obligue a palpitar con angustia en el momento de la dicha; que aplaste una sola de esas tiernas flores que has enroscado en tus oscuros mechones cuando vas con él al altar.... ¡Oh, nunca, nunca! Que tu cielo esté despejado, que tu dulce sonrisa sea brillante y sin sobresaltos, y que seas bendecida por ese momento de dichosa felicidad que diste a otro corazón solitario y agradecido.

¡Dios mío, todo un momento de felicidad! ¿Es eso demasiado poco para toda la vida de un hombre?

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Fiódor Dostoyevski y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗